

Una revista para la proclamación del evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

aguas vivas

Año 2 / Nº 8
Marzo - Abril 2001

Vamos adelante a la perfección

- *Claves para la perfección cristiana*
- *El sacerdocio del creyente*
- *La oración intercesora*

¿Autoayuda o autodestrucción? / Juicios sobre la tierra / Siervas
"¿Cómo puedo mejorar mi rendimiento escolar?" / ¡Misión entre los antropófagos!



CORRIENDO HACIA LA META

3 ¿Autoayuda o autodestrucción?

Los libros de 'autoayuda' son leídos con devoción por millones de personas en el mundo entero. ¿Cuál es su mensaje, y la ideología que los sustenta?

5 Excusas que suelen darse para no seguir a Cristo

"Dios es severo, no me atrevo a acercarme a Él..." ¿Es ésta la suya?

6 Una deuda impagable

¿Sabe cuál es su deuda con Dios y cómo pagarla?

7 Juicios sobre la tierra

Las terribles calamidades que se dejarán caer durante la Tribulación.

9 Entrando en el reposo de Dios

El reposo de Dios está desde el comienzo de la vida cristiana victoriosa.

12 Vamos adelante a la perfección

Una invitación del Espíritu a los hombres y mujeres de fe para dejar el pasado y extenderse hacia la madurez.

14 La amplia provisión de Dios

¿Cómo puede el cristiano alcanzar la perfección? He aquí la solución para los pecados y la debilidad.

17 Perfeccionados, ¿para qué?

La perfección no es un estado beatífico, carente de sobresaltos. Antes bien, es un ejercicio apasionante como instrumentos de salvación e intercesión.

19 Dios busca intercesores

Al igual que ayer respecto de Israel, Dios hoy sigue clamando por hombres que se pongan en la brecha a favor de la humanidad.

21 La oración intercesora

La oración que mejor refleja la forma de ser de Dios y de sus amados es la oración intercesora.

24 Siervas

De todos los roles que una mujer de Dios está llamada a desempeñar, el de 'sierva' es uno de los principales.

27 ¿Cómo puedo mejorar mi rendimiento escolar?

La educación es hoy un deber que tiene que asumir todo joven creyente. Pero en esa tarea no está solo.

31 ¡Misión entre los antropófagos!

El amor de Dios por los indígenas de las islas Nuevas Hébridas llevó a Juan Paton a emprender una peligrosa aventura de fe.

33 Testimonios

Testimonios de cómo creen, sufren y crecen los cristianos vencedores.

La vida de los hombres sin Dios se mueve normalmente en círculos, sin metas ni esperanzas trascendentes. Es como un vagar por el desierto, sin un norte que guíe su deambular. En ese contexto, el escepticismo, el fatalismo y la depresión suelen hacer de las suyas en los corazones desalentados y desesperanzados.

No es así, sin embargo, en la vida del creyente, la cual es lineal, porque tiene un principio y tiene un final. Su origen es cierto, y también lo es su meta. No hay lugar para las incertezas, ni para los rodeos innecesarios. Incluso, aun en las etapas de la vida en que parece estar perdido el rumbo y detenido el paso, hay avance, porque todo ello obedece al propósito predeterminado por Dios. No hay pérdida alguna en Dios, ni en los que han puesto sus vidas en sus sabias manos. Armados de este pensamiento, corremos la carrera con gozo confiado, y con esperanza.

En este número hemos querido abordar el importante asunto del progreso del cristiano hacia la perfección. Habiendo recibido alguna luz acerca de la epístola a los Hebreos, hemos querido desarrollar aquí algunos de los principales tópicos que presenta el Espíritu Santo en esa epístola.

No es, por supuesto, un estudio exegético, ni tampoco es un examen acabado de ella. Es, a lo más, el delineamiento de los perfiles que sobresalen ante nuestros ojos, y que responden —así lo creemos— a las necesidades del pueblo de Dios en este preciso tramo de su caminar de fe. En todo, estamos agradecidos del Señor por su bondad al concedernos su buena Palabra. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos.

Temas como el reposo de Dios, los recursos que Dios ha provisto en Cristo para nuestra perfección, las señales y claves de la perfección expresados en el sacerdocio del creyente, la importancia de este sacerdocio, y la oración intercesora, conforman esta serie de mensajes que fueron compartidos recientemente en el Retiro de Ruca-Kura (Chile) en el mes de enero recién pasado.

Confiamos que esta palabra, que tiene un especial valor y aplicación a los creyentes en Chile, tenga también valor y aplicación para los amados hijos de Dios en todo lugar donde Dios se sirva llevarla, para gloria de su precioso Nombre, y bendición de su iglesia.

ADEMÁS:

Para Meditar	26
Escudriñad las Escrituras	29
Cosas viejas y cosas nuevas	30
Citas escogidas	32
Recortes de la Web	34
Bocadillos de la Mesa del Rey	35
Cartas de nuestros lectores	35



VISITE NUESTRO SITIO WEB
<http://aguasvivas.lawebcristiana.com>

AGUAS VIVAS



Equipo Redactor

Eliseo Apablaza F.
Roberto Sáez F.
Gonzalo Sepúlveda H.
Renato Vera R.
Claudio Ramírez L.

Diseño y diagramación

Mario Contreras T. - Mario Cortés P.

Finanzas y distribución

Virginia Cáceres S. - Alicia Cuevas P.
Llanquín Lucio 01972, Temuco, Chile
Fonos (45) 261791 - 258214
E-Mail: aguasvivas2000@hotmail.com

Fotografía de portada: «Araucarias». Parque Nacional Nahuelbuta - Región de la Araucanía - Chile

(Autor: Mario Contreras T.)

Nuestra meta es servir a Dios y a todos los hombres; nuestro único mensaje es
Jesucristo, el don inefable de Dios.

Escribanos o llámenos; háganos llegar sus sugerencias, colaboraciones y consultas.

¿AUTOAYUDA O AUTODESTRUCCIÓN?

Muchos de los mayores best-sellers en la actualidad son obras escritas por autores de corte 'espiritualista', verdaderos 'gurúes' posmodernos que pretenden ayudar al hombre en su búsqueda de la felicidad. Sus libros son leídos con devoción por millares, incluso por los grandes personajes de la televisión y del 'jet set' en el mundo entero. ¿Cuál es su mensaje, y la ideología que los sustenta?

Desde hace unas dos décadas, han estado surgiendo en el mundo, con mucha fuerza, los llamados escritores de "autoayuda". Su proliferación ha sido tal, que sus libros ocupan lugares destacados en las librerías y bibliotecas del mundo. ¿La razón de su éxito? Hay que buscarla en una sociedad sobresaturada de tecnología, rica y cómoda, pero psicológicamente desequilibrada, carente de horizontes en el plano afectivo y espiritual.

Estos escritores se han alzado en corto tiempo como los mayores vendedores de libros en el mundo. El éxito de estos "guías espirituales" no se debe tanto a la calidad del contenido literario de sus obras, sino a la insaciable hambre de trascendencia del hombre postmoderno, la misma que esconde tras un velo de superficialidad y suficiencia.

Revisemos brevemente dos de estos autores, uno de corte científicista, y otro con un sesgo más espiritualista. Cada uno de ellos – con diferente énfasis – ofrece un camino para alcanzar la soñada, aunque esquiva, 'realización personal'. Cada uno de ellos ha hecho escuela en nuestros días.

Goleman y la reivindicación de las emociones

"Tenemos dos mentes, una que piensa, y otra que siente", dice Daniel Goleman en su

libro *La inteligencia emocional*.

Esta es una de las revolucionarias frases que contiene el libro, uno de los grandes best-sellers de los últimos años. La educación que se imparte en las escuelas – plantea Goleman – fortalece la inteligencia racional, pero descuida la inteligencia emocional. Esto trae insatisfacción y frustración. Por eso propone el cultivo de actitudes que desarrollen, por ejemplo, el *optimismo* ("que favorece a los enfermos del corazón"), y la *esperanza* ("que tiene poder curativo").

Goleman sostiene que, quitando la ira, la ansiedad y la depresión podremos quitar el cáncer y otras enfermedades crónicas, y mejorar así la calidad de vida de las personas.

Goleman pone su esperanza en una nueva educación que prepare de verdad a los jóvenes para la vida. Dice: "*Imagino un futuro en el que la educación incluirá como rutina el inculcar aptitudes esencialmente humanas como la conciencia de la propia persona, el autodomínio y la empatía, y el arte de escuchar, resolver conflictos y cooperar.*"

Sin duda que el planteamiento de Goleman llena un vacío en la enseñanza formal de los colegios. Redescubre el valor de un sector descuidado de la personalidad humana. Sin embargo, ¿es esta la panacea para solucionar definitivamente las deficiencias de la educación y – más allá – los problemas del hombre?

Goleman cree que es posible mejorar al hombre desde afuera, estimulando el cultivo de ciertos valores. ¿Es esto posible? La esperanza de que el hombre pueda ser mejorado en su condición psicológica, y su pretensión de un futuro mejor gracias a los efectos benefactores de una educación de mayor calidad, son similares a las aspiraciones de los iluministas franceses del siglo XVIII, desmentidas hasta la saciedad en los siglos posteriores.

Si miramos a la luz de la Biblia, podemos afirmar que tales pretensiones no tienen mucho asidero, por cuanto "*lo que es nacido de la carne, carne es*". Nada que el hombre haga

puede variar la naturaleza del hombre.

El hombre no puede sacarse de encima la ira, ni la ansiedad ni la depresión, porque el hombre es, constitutivamente hablando, un ser caído que necesita de la gracia de Dios. El hombre no alcanzará una solución definitiva a su mal endémico con promover actitudes de optimismo o de esperanza. Es posible que el cultivo de esas actitudes pueda mejorar algunos de los síntomas del mal, pero definitivamente no pueden con el mal.

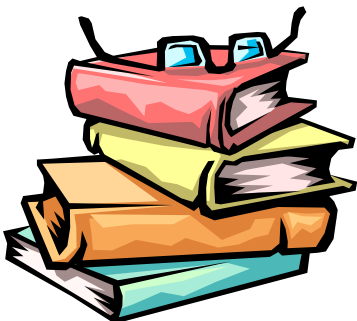
Al leer a Goleman, es fácil soñar con un mundo feliz, con una sociedad solidaria, con unos niños sanos, puros y perfectos, pero la realidad es muy diferente. Si hay una tendencia en la sociedad tecnologizada del presente no es hacia una mejoría, sino una acentuación de los mismos males ancestrales.

El hombre no puede ser perfeccionado desde afuera. El hombre es como un vestido viejo que no puede ser parchado sin que se rompa. La solución, por tanto, no es remendarlo por partes, sino reemplazarlo por otro nuevo. Y eso sólo lo puede hacer Dios.

Paulo Coelho y la amoralidad

Procedente de un oscuro trasfondo – ligado a la magia negra, a la homosexualidad y al satanismo¹ – Paulo Coelho ha alcanzado en corto tiempo la cima de la popularidad, merced a la publicación de unos cuantos libros, simples en contenido y ambiguos en sus principios, pero que manejan muy bien una serie de recursos altamente comerciales.

Su lenguaje es espiritualista – siguiendo el modelo de Tagore y Rampa –, su temática es variada y liviana. Tal vez el mayor peso de sus libros se lo otorgue la abundancia de referencias bíblicas. No debe sorprender que en sus libros aparezcan personajes como Melquisedec dialogando con un niño de nuestra época, o elementos sagrados como el Urim y el Tumim. Tampoco debe sorprender que se citen profusamente las enseñanzas del Señor Jesucristo, aunque las más de las veces se citen fuera de contexto, o forzándoles el senti-



do. Hay, incluso por ahí, una referencia a Juan Bunyan, el amado siervo de Dios, en su libro *"Manual del guerrero de la luz"*, en una alusión, por decir lo menos, extraña.

Así, sus relatos y reflexiones resultan un híbrido que mezcla lo sagrado de las Escrituras con lo profano de las situaciones en que se las aplica. Pero ¿quién podría recelar de un autor que cita la Biblia, que habla del amor, de la humildad, y —sobre todo— de Dios? A los ojos de un lector desaprensivo, todo está bien. Todo es bueno y bonito. Sin embargo, ello configura sólo un perfecto disfraz.

En su libro *"A Orillas del Río Piedra me Senté y Lloré"* se desarrolla la historia de un sacerdote recién egresado del Seminario, poseedor de dones milagrosos, que se encuentra con una antigua amiga de infancia. Después de revivir la amistad, y de un breve período de incertidumbres y agonías, logran consumar su amor. ¿La moraleja? *"Dios es amor"* y como Dios *"hizo al hombre para la felicidad"*, cuando no se lucha en obtenerla por todos los medios disponibles, entonces, *"estamos matando a Dios dentro de nosotros mismos"*. ¿Moralidad? ¿Principios? No los hay.²

En *"El Alquimista"* (el más conocido de sus libros) desarrolla la historia de un muchacho que va tras el sueño de encontrar un tesoro, propósito que alcanza después de muchas peripecias, gracias a la enseñanza impartida por el alquimista. ¿Cuál es esa enseñanza? Hay que escuchar la voz del corazón, porque esa es la voz del "Universo". Cuando una persona desea realmente algo —no importando lo que sea— el "Universo" entero conspira para que ese sueño se pueda realizar.

En este relato, el "Universo" y el "Amor" toman el lugar de Dios —en un abierto panteísmo—, siendo el viento, la tierra, el sol, las estrellas, animales, pájaros y hombres quienes representan al Universo en distintos momentos.³

En otro de sus libros, el *"Manual del Guerrero de la Luz"* colecciona máximas, axiomas, principios y enseñanzas, con un débil hilo argumental. Aquí Coelho roza varios tópicos de moralidad, tales como: ser agradecido, ser apasionado por lo que uno cree, saber usar las fuerzas, jamás hacer trampas, ser humilde, ser sorpresivo en la guerra, ser menospreciador de hombres viles, etc. Pone como ejemplo al Señor Jesús, pero siempre desde su particular óptica. Su mensaje es optimista, su fin es el engrandecimiento del alma humana, de la grandeza de carácter, de la reafirmación del yo. ¿Propósitos loables?

En busca de un marco

Ahora bien, ¿cuál es el marco ideológico que da sentido a toda esta literatura 'edifican-

te'? ¿Hay algunas señales que nos permitan conocer qué hay en el fondo de esta literatura que alimenta al alma de millones de personas en el mundo entero?

Tal vez lo que más llama la atención del lector más atento es la apropiación de los postulados de la fe cristiana, para una amalgamación con otros elementos de origen extraño, pseudocientíficos o esotéricos. Esto, junto con validar esta línea de enseñanza, vuelve difusos los límites entre lo verdadero y aquello que no lo es.

El mensaje transmitido es un seudo 'evangelio' que invita al hombre a un perfeccionamiento en sí mismo, desconociendo su abismante impotencia por alcanzarlo. Un hombre que parte de esa falacia fundamental —la bondad natural del hombre— no necesita de un Cristo crucificado, derramando su sangre en expiación por sus pecados. La creencia en la bondad intrínseca del hombre desdén toda la obra redentora de Cristo en la cruz, juzgándola innecesaria e inútil.

En tanto las Escrituras proclaman solemnemente: *"No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno."* (Romanos 3:12), la moderna literatura de autoayuda dice al hombre: *"Tú puedes evolucionar infinitamente, en ti están los recursos para llegar a ser un dios."*

Este mensaje pretende también zafar al hombre de las restricciones que el evangelio y su moral han establecido en la sociedad, para una vida sin moral, o bien, con una moral a la medida del hombre (la vieja máxima de Protágoras revivida: "El hombre es la medida de todas las cosas"), en que todo es permitido, y en que nadie le pide cuentas de sus actos.

Es un mensaje de "autoestima", de valoración de sí mismo, que está en absoluta contraposición con el verdadero carácter del evangelio, toda vez que el mismo Señor Jesús, enseñó a sus discípulos que debían morir a esta vida para ganar la venidera. La esencia del mensaje del evangelio es la cruz ("Cristo crucificado"), en la cual es crucificado todo aquel que sigue a Jesús.

Otra idea que subyace en estos libros es la de un Dios impersonal. Con esto se pretende desperfilar del todo la existencia de un Dios Viviente y Personal, poniendo en su lugar la idea del "Universo" como Dios, y de una fuerza, el "Amor", ante la cual los hombres no necesitan rendir cuenta de sus actos. ¡Qué contrario es al testimonio de las Sagradas Escrituras!

Las Sagradas Escrituras hablan de un Dios personal, quien ha creado todos los mundos y todas las cosas existentes, manifestando así su inteligencia y capacidad para sostener también todas las cosas con la palabra de su poder. Este Dios glorioso habla, se comunica. ¡Él

nos ha hablado *por* el Hijo y *en* el Hijo, nuestro Señor Jesucristo!

Identificando el mal

¿Cuál es el nombre de esta ideología que subyace a esta literatura? ¿Cuáles son sus alcances y pretensiones?

Se trata, ni más ni menos que de la 'Nueva Era'. Es esta una ideología de fines de siglo XX, pero cuyas raíces son muy antiguas; sus pretensiones, universalistas y totalitarias. ¿Su meta? Destruir el testimonio de Dios. Ella se apoya en diversos pensamientos, especialmente de corte orientalista, y aun en las modernas teologías liberales y racionalistas. Su fin es tratar de desvirtuar el latir del corazón de Dios, que es la salvación de todos los hombres por medio de la única persona que Dios ha puesto como mediadora, es decir, Cristo Jesús.

¡Oh, pero sobre este tema hay mucho que decir! Así es que esperamos poder hacerlo más adelante. Entretanto, rogamus al Señor que libre de esta perniciosa plaga posmoderna a nuestros lectores y a todos los que le buscan y aman su Santo Nombre.

¹ Ver artículo "Del manicomio a súper ventas" en La revista El Sábado de "El Mercurio", Santiago de Chile, 28/10/2000.

² En la entrevista que aparece en la revista citada Coelho afirma: "No creo en el camino del sufrimiento como un camino espiritual. Yo soy católico, y si miro la vida de Jesucristo, veo que, claro, terminó con dolor, pero disfrutó bien su vida. Bebía, cenaba. Los evangelios se pasan como el ochenta por ciento alrededor de una mesa y en viajes. Jesús no valoraba el dolor para nada." (p.40).

³ Una de las más sesudas conclusiones a que arriba en este libro es: "Todo lo que pasó una vez, puede no pasar nunca más, pero lo que pasa dos veces, pasará seguramente tres."





Excusas

que suelen darse para no seguir a

CRISTO

¿Es ésta la suya?

Dios es severo, no me atrevo a acercarme a Él

*El hijo menor se acerca al padre y con un tono decidido,
le pide su parte de los bienes,*

porque quiere irse de casa.

El padre se sorprende.

Intenta, infructuosamente, disuadirlo.

Él sabe que no podrá sobrevivir. ¡Es un muchacho aún!

Sin embargo, el hijo está empecinado.

El padre cede. (Total, es su vida)

Entonces el hijo se va de casa, lejos, muy lejos.

Poco le dura su dinero. Vive perdidamente.

*Cuando todo lo malgasta, viene una gran hambre en
aquel lugar, y comienza a faltarle.*

*Se arrima a un hombre rico, quien lo ocupa apacentando
cerdos.*

No es el mejor oficio, pero no tiene otra opción.

*Muchas veces desea llenar su vientre con esa bazofia,
pero ni eso le dan.*

Entonces vuelve en sí y dice:

*"¡Cuántos jornaleros hay en casa de mi padre
que tienen abundancia de pan,
y yo aquí perezco de hambre!"*

Entonces toma una gran decisión:

¡Decide volver a casa, y pedirle perdón a su padre!

*No le pedirá (¡No!) que lo trate como a su hijo,
(¡ay, él no es digno!)*

sino como a uno de sus jornaleros.

*Cuando llega a casa (sí, la misma y amable casa)
su padre (su anciano padre) lo ve a la distancia.*

*Pese a sus vestiduras andrajosas,
y su aspecto innombrable, lo reconoce.*

(¡Oh amor profundo!)

Entonces corre a su encuentro, se echa sobre su cuello.

Le besa una y otra vez.

El hijo intenta, entre sollozos, pedirle perdón.

El padre no le deja.

¡Está preocupado de ordenar a sus siervos que lo atiendan!

Que traigan el mejor vestido.

Que le pongan un anillo.

Que le pongan un calzado hermoso.

Que sacrifiquen el animal más gordo.

Que haya mucha comida ...

¡y también fiesta!

Todo el mundo corre.

¡Nunca había mandado él con tanta urgencia!

*Entonces dice el padre, con voz entrecortada,
sus lágrimas todavía corriendo:*

"Mi hijo estaba muerto, y ha revivido.

Se había perdido y lo he hallado."

Muchos hay que no conocen a Dios.

En su ignorancia,

le atribuyen un carácter duro, un corazón insensible.

Muchos piensan que Dios es severo,

y que permanece alejado del hombre,

¡sin inmutarse por nada!

Es cierto, en la antigüedad,

Dios no había dado a conocer aún su precioso carácter.

Pero cuando Jesucristo vino, Dios se nos mostró.

A Dios nadie le había visto jamás, pero el unigénito Hijo

¡Él le dio a conocer!

*El Señor Jesús dijo a Felipe que el que le veía a él,
veía al Padre.*

Antes que viniera Jesús, había muchas cosas escondidas.

Una de ellas era ésta:

*el corazón de Dios, cómo es Él, cómo piensa, cómo siente,
y cómo ama.*

*La historia del hijo pródigo nos muestra cómo ama Dios a
los hombres.*

Todos nosotros somos este hijo necio.

*Cuando pecamos en Adán, nos fuimos de la casa paterna,
y vivimos perdidamente.*

Dios, el Padre, espera ahora que volvamos

a nuestro hogar.

¿Cómo nos recibirá Dios?

¿Nos reprochará por nuestro descarrío?

¿Nos condenará?

¡Oh, no, no, no!

(Por favor, la respuesta a esa pregunta es ¡no!)

*Porque en el corazón de Dios sólo hay misericordia para
usted hoy.*

*Es preciso que usted se vuelva a Él para recibir su perdón,
y ser restaurado en su condición de hijo.*

¿Quiere hacerlo ahora mismo?

Le invitamos a orar:

*"Oh Dios, he estado lejos, y he pecado contra ti;
perdóname y recíbeme.*

Creo que Jesús pagó el precio por este perdón.

Gracias, Padre.

En el nombre de Jesús. Amén"



Una deuda impagable

La carga de pecados y de ofensas que el hombre ha acumulado contra Dios es demasiado grande para ser saldada. Dios tendría todas las razones a su favor para condenar a la humanidad completa, sin apelación. Sin embargo, Dios halló una solución para este gran problema. La solución no requiere nada del hombre, pero sí todo de Dios. Porque el hombre es pequeño y su corazón es estrecho; pero Dios es grande y su corazón, generoso.

Las parábolas usadas por el Señor Jesús tenían el propósito de declarar cosas escondidas desde la fundación del mundo. Y de esas cosas, una de las más gloriosas era dar a conocer el corazón, los pensamientos y los caminos de Dios.

Antes que el Señor revelara a Dios mediante sus enseñanzas, los hombres no conocían a Dios, y tenían un concepto equivocado de Él. El carácter de Dios estaba escondido desde la fundación del mundo, pero ahora es revelado en toda su maravillosa gracia.

La grandeza del corazón de Dios y la pequeñez de nuestro propio corazón se muestran claramente en la *parábola de los dos deudores*. Un rey quiso hacer cuentas con sus siervos. Uno de ellos le debía diez mil talentos, y como no pudo pagar, su señor ordenó venderle a él y su familia. Pero este siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: “Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.” El rey, movido a misericordia, le soltó y le perdonó los 10.000 talentos. Un talento valía 6.000 dracmas, y una dracma era lo que ganaba un jornalero al día. De manera que 10.000 talentos era el equivalente a 60 millones de días de trabajo de un jornalero. Esto sería, en nuestros días, aproximadamente unos 34 millones de dólares, más de 18.000



millones de pesos chilenos. ¡Una cantidad impagable!

Para graficar la inmensidad de la deuda, digamos que ese monto es equivalente a 1.800 casas de diez millones cada una¹, o a 3.600 vehículos de cinco millones. Si tuviésemos que pagar esta deuda a plazos (sin intereses), con cuotas de \$ 200.000 mensuales², tardaríamos 7.500 años. Si pudiéramos pagar unos \$500.000 mensuales³, demoraríamos 3.000 años. Si pagáramos un millón de pesos al mes⁴, tardaríamos 1.500 años, es decir, unas 21 vidas. Si alguien dijera: “Yo tengo mucho dinero, yo quiero pagar esa deuda mensualmente de por vida”, en setenta años debería pagar \$21.428.571 todos los meses⁵. Verdaderamente, la deuda de este siervo era impagable.

Tal como ésta, es la deuda que todo hombre tiene con Dios. Sus muchos pecados y rebeliones se han acumulado en su contra. ¡Cuánto ha ofendido la santidad de Dios! ¿Qué puede hacer el hombre en tal condición? ¿Debería intentar pagarla?

El siervo de esta parábola pretendía pagar, pero el rey, sabiendo que no podría, le perdonó. El siervo pensó como lo hace la ma-

yoría de los hombres; es decir, creyendo que tiene alguna solvencia en sí mismo. Que tiene méritos suficientes como para que Dios lo perdone.

Dios, que conoce nuestra condición, actúa como hizo este rey, es decir: perdonando. Aún más, Dios no acepta nuestros recursos para solucionar este asunto. El no quiere que usemos recursos que están viciados por nuestra injusticia.

Cuando Dios envió a su Hijo al mundo no lo envió a cobrar deudas, sino que lo envió a perdonar, para que por medio de su sangre fuéramos limpios de todos nuestros pecados. El perdón de esta deuda no fue un acto realizado por decreto (que hubiera sido fácil), sino por medio de la muerte de su propio Hijo.

Lo que en verdad agrada a Dios es que reconozcamos que necesitamos de su gracia y su perdón. El corazón de Dios es tan amplio, sus pensamientos son tan generosos, la provisión de la sangre de Jesús es tan abundante, que hay salvación para todo aquel que se acerca a Él con un corazón quebrantado.

¿Quiere recibir el perdón de sus pecados hoy? De usted depende, sólo de usted.



¹ Unos 18 mil dólares americanos.

² Unos 360 dólares.

³ Unos 900 dólares.

⁴ Unos 1800 dólares.

⁵ Unos 38.500 dólares.

JUICIOS SOBRE LA TIERRA

Mientras la iglesia, luego del arrebatamiento, esté en los cielos preparándose para reinar mil años con Cristo sobre la tierra, en la tierra ocurrirán hechos espantosos, de los cuales el libro de Apocalipsis habla en detalle.

En nuestro número anterior, hemos hablado brevemente acerca de lo que ocurrirá en los cielos, luego de la resurrección y el arrebatamiento. Pero ¿qué ocurrirá entretanto en la tierra? Los hechos que ocurrirán sobre la tierra son de índole muy distinta, y ellos afectarán a los que no fueron arrebatados.

Después del arrebatamiento, todo lo que podrá hacer la humanidad será conjeturar acerca de lo que sucedió, juzgándolo por sus efectos: los miles de desaparecidos por todo el planeta. Muchos lamentarán, porque se habrán ido esposos, esposas, hijos, padres, amigos y vecinos. Será para ellos como el dolor producido por una gran catástrofe.

Al estupor inicial, seguirá, seguramente, el planteamiento de numerosas hipótesis, cuál de todas más absurda: la intervención de Ovnis, el juicio de Dios para castigo de los que desaparecieron, etc. De esta manera, cada cual intentará sacar el mejor partido de un hecho que asombrará a todos, pero que por la dureza de corazón no estarán dispuestos a interpretar correctamente.

Por su parte, los cristianos no arrebatados (el trigo que no estaba maduro) lamentarán mucho más, porque ellos estaban advertidos de que tal cosa sucedería, pero nunca prestaron la debida atención.

La humanidad no arrebatada se escindirá, entonces, en dos: los que no creían, ni creerán como consecuencia de la desaparición de los creyentes; y los que, siendo cristianos de nombre, se habían asimilado al mundo, descurriendo su fe, sin esperar al Señor. Estos recobrarán ahora su amor y se consagrarán, pero a un precio muy alto: al de su propia vida.

Luego de la cosecha de los cristianos, el mundo quedará como un rastrojo desolado. La vida transcurrirá, en un comienzo, aparentemente igual, el sol saldrá y la lluvia caerá. Pero muy pronto las cosas cambiarán radicalmente.

El mal se desplegará con todo su terrorífico

co poder, debido a que ya no tendrá el contrapeso del bien. Los que fueron levantados eran la sal de la tierra, que evitaba la descomposición del mundo. Eran la luz, que mantenía a raya las tinieblas. Pero ahora, ¿quién las detendrá? El deterioro y el mal comenzarán a campear por doquier. Entonces se manifestará plenamente el misterio de la iniquidad, el cual hoy ya está en acción, aunque en forma restringida (2ª Tesalonicenses 2:6-7); pero en aquel tiempo, ¿quién lo frenará? El día de la gracia termina con el arrebatamiento de los creyentes en el Señor Jesucristo, que es, a su vez, el comienzo de los juicios sobre una humanidad culpable y apóstata.

Tal vez usted haya pensado hasta hoy que de lo que viene nadie sabe, que tras la muerte sólo hay silencio para siempre. Pero es preciso que sepa usted que la palabra de Dios nos muestra claramente lo que ha de venir.

Después del arrebatamiento, comenzará una situación de tal dramatismo como jamás se ha conocido. El poder político y religioso se concentrarán en una sola mano, la del Anticristo, y bajo su dominio absoluto se someterán todos los hombres.

Su genio político y su gobierno autoritario logrará evitar el caos económico, y unificar a todas las naciones, para una época de paz y bienestar momentáneos. Pero muy pronto se mostrará su verdadero carácter y sus verdaderas intenciones. Se levantará contra todo vestigio que haya quedado de Dios, perseguirá a los cristianos rezagados, y los matará.

El mal irá en aumento y los juicios de Dios también. Todos los horrores presenciados por la humanidad en el pasado, sea por las guerras, por las pestes, o el hambre, no son nada comparados con los que vendrán.

En una primera instancia, los juicios caerán sólo sobre la naturaleza. La tercera parte de ella será destruida, incluyendo la vida del mar y de los ríos. Esto alcanzará incluso a los astros, que verán mermado notoriamente su resplandor.

Luego, en una segunda instancia (lo que se conoce como la Gran Tribulación), vendrán los juicios sobre los hombres. El diablo mismo será echado a la tierra; el Anticristo subirá del abismo para comandar la más grande matanza, y el falso profeta subirá de la tierra para colaborar con él. La trinidad de maldad obrará unida contra todos los habitantes de la tierra. Habrá cinco meses de tormento, como el producido por el escorpión; al final de los cuales una tercera parte de la humanidad habrá sido destruida.

Poco después, vendrán los juicios de las siete copas de la ira de Dios, que traerán, entre otros, úlceras pestilentes y mortales sobre las personas; el mar y aun todas las aguas se volverán sangre, y el sol abrasará a los hombres.

Antes tales catástrofes pudiera esperarse alguna actitud de arrepentimiento por parte de los hombres, pero no será así. Las personas serán conscientes de sus sufrimientos, pero no considerarán la causa de ellos (Ap. 9:20-21)

Armagedón y Babilonia

Hacia el final de este período ocurrirán dos hechos gigantescos por sus dimensiones: la batalla de Armagedón, y el juicio contra Babilonia.

La batalla de Armagedón es el fin de la trinidad satánica, en que el Señor Jesucristo vencerá a los ejércitos reunidos contra Jerusalén. La mortandad será terrible, tanto, que todas las aves se saciarán de las carnes de ellos. La bestia y el falso profeta serán echados vivos dentro de un lago de fuego que arderá con azufre. Satanás será atado por mil años y encerrado en el abismo, los mismos mil años que el Señor reinará sobre la tierra con los suyos.



Sin embargo, el mayor de los juicios que aparece en Apocalipsis, y el que despierta las alabanzas más estruendosas en los cielos, y el horror de los hombres, es el juicio sobre Babilonia.

¿Qué es Babilonia? Babilonia es el gran sistema político y religioso de Roma (la ciudad de las siete colinas), que ha existido a través de estos 20 siglos, el cual se va a cobrar más fuerza en los días que vienen. Este sistema religioso se remonta a la época de Nimrod, el artífice de Babel, y está mezclado hasta en sus más mínimos detalles con el seudo cristianismo de la iglesia de Roma. Este sistema será reforzado en los años futuros por algunos sectores del lado protestante, tan corruptos como aquél.

Así llegará a ser Babilonia “la grande”, “la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra”. Históricamente, sus pecados han sido tantos, que los juicios se amontonan contra ella, para espanto de todos los habitantes de la tierra.

Roma primeramente mató a los cristianos, y luego adoptó el cristianismo como religión de estado, hasta constituirse por sí sola en un estado religioso. En tal situación, reina y fornicación con los reyes de la tierra. Roma ha venido a ser albergue de demonios, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido a costa de ella.

Este sistema político-religioso es conocido de todos, y nadie puede declararse inocente si participa o consiente en sus hechos. En los próximos años, se acentuarán sus funestas acciones. Y el mensaje para los fieles que, por ignorancia, aún están allí es: “*Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades*” (Apocalipsis 18:4-5).

Cuando se produce su caída, se oyen voces de lamento por doquier, pero nadie puede socorrerla. El humo de la ciudad sube por los siglos de los siglos. El panorama en la tie-

rra llega entonces al máximo de la desolación, porque a todo lo anterior se habrá sumado el caos de la naturaleza, que parecerá fuera de control. Habrá oscuridad, relámpagos, voces y truenos; y terremotos cuales nunca antes ha habido; tanto, que las ciudades de las naciones caerán, las islas huirán, y los montes no serán hallados. Y aún se añadirá sobre todo ello un gigantesco granizo que hará blasfemar a los hombres contra Dios.

¡Muchas desdichas ha vivido la humanidad en sus seis mil años de historia, pero ninguna será como aquélla!

La humanidad no resucitada

Todo esto es lo que ocurrirá con la humanidad *no arrebatada*. Pero, ¿qué ocurrirá con los que *no fueron resucitados*, los que, al momento de producirse la resurrección y el rapto estaban muertos y siguieron muertos?

Los no resucitados constituyen la más grande masa de seres humanos muertos en los pasados siglos, y que esperan en lugares de tormentos, el día del justo juicio de Dios. Ellos seguirán en la región de los muertos por aproximadamente mil años más a la espera del juicio de Dios.

Ellos se levantarán después del milenio, para comparecer ante Dios y recibir el justo pago por sus obras impías. Toda la maldad e injusticia cometida impunemente durante tantos siglos se pagará allí. ¡Qué terrible será ese día! ¡Triste será el fin de los que aborrecieron toda justicia y se complacieron en la maldad!

Aquel día —el día de la ira de Dios— nadie podrá escapar del justo juicio de Dios; pero hoy, para los que leen esta solemne advertencia, sí hay oportunidad. Hoy existe la oportunidad para escapar de todas aquellas cosas que sobrevendrán.

Hoy está abierta la puerta. Hoy tenemos acceso libre, por medio del nombre de Jesucristo, a la salvación de Dios. El Señor Jesús dice: “*Yo soy la puerta, el que por mí entrare, será salvo*” (Juan 10:9).

¿Cómo escapar de la tribulación?

Pero los juicios más inmediatos son los que Dios enviará sobre la humanidad apóstata e incrédula en lo que se conoce como “la tribulación”. ¿Habrá alguna posibilidad de escapar de ella?

La Escritura, en dos partes, da a entender claramente quiénes escaparán a esos juicios.

En Lucas 21:36 dice: “*Velad en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre.*” Esto significa que los que velan y oran pidiendo escapar y estar en pie delante del Hijo del Hombre, de hecho escaparán y estarán en pie delante de Él.

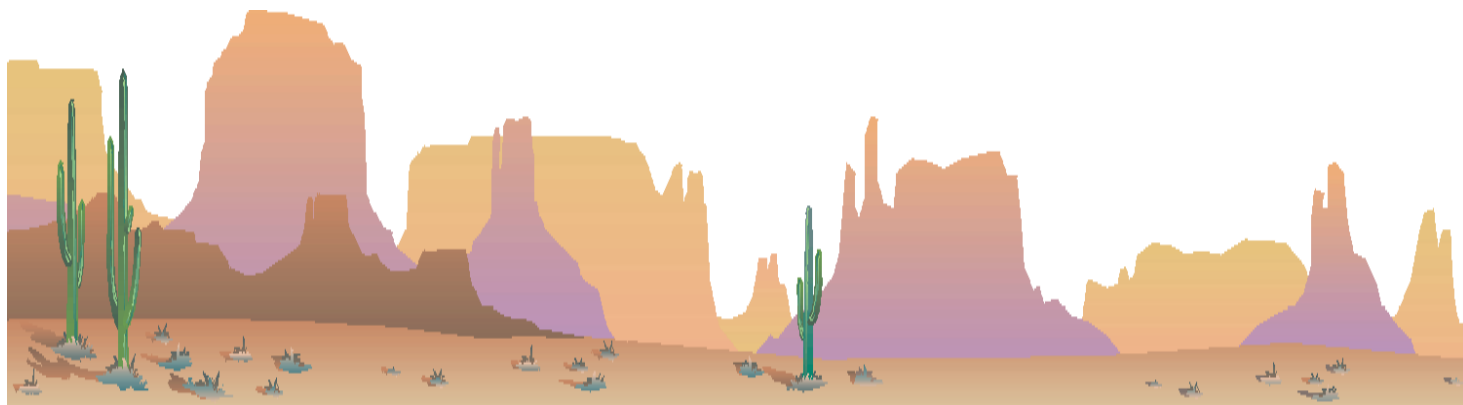
En tanto, en Apocalipsis 3:10 dice: “*Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.*” Aquí se da a la iglesia en Filadelfia una promesa, porque ella guardó la palabra de su paciencia. ¿Está usted entre éstos?

Hoy es el día para escapar. Mañana puede ser tarde, porque, luego que el Señor arrebatte a los suyos, no habrá lugar.

Los incrédulos pueden decir que desde hace mucho tiempo están oyendo decir lo mismo, y que nada ocurre. También algunos creyentes tal vez estén cansados de esperar. Sin embargo, los que esperan al Señor, contra el escepticismo de unos y otros, son declarados *bienaventurados*, por cuanto guardan la palabra de la paciencia del Señor.

¿En qué consiste la palabra de su paciencia? En que usted sigue creyendo, aunque los demás se cansen de creer y de esperar. Es la palabra de Dios, firme y segura, pero que requiere de la paciencia.

Así que, seamos como lo que creen y esperan, confiadamente.



Entrando en el reposo de Dios

A poco andar en la epístola a los Hebreos, el Espíritu Santo nos introduce al tema del reposo. Tomando el ejemplo de Israel –de su gran fracaso en el desierto– nos advierte acerca de uno de los mayores males que podrían ocurrir a los hijos de Dios, y que les impedirían alcanzar la perfección: no disfrutar del reposo de Dios en Jesucristo.

Todos los estudiosos de la Biblia coinciden en que, tanto el éxodo de Israel de Egipto, como su entrada en el desierto y su entrada a Canaán son hechos históricos concretos. Sin embargo, ellos también coinciden en que son, a la vez, hechos representativos, simbólicos y con un valor trascendente en el plano espiritual: Ellos son verdaderas metáforas del caminar del cristiano.

El apóstol Pablo, luego de pasar brevemente revista a algunos de los hechos que acontecieron a Israel, lo confirma cuando dice: *“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.”* (1ª Cor. 10:11).

Siguiendo esta línea –muy ortodoxa– de interpretación bíblica, quisiéramos considerar algunos aspectos de la historia bíblica del pueblo de Israel, en el comienzo de nuestro estudio de Hebreos.

Egipto y el mundo

La vida de Israel en Egipto tuvo sólo un fugaz momento de bienestar, en los días de José. Eran los albores de la vida de Israel como pueblo, en que gozaba del protectorado del sabio gobernador judío. Era la infancia de Israel.

Para el cristiano, evidentemente, Egipto es el mundo. Antes de nacer de nuevo, él participa de la posición de destitución del mundo (muerto y bajo condenación), siguiendo la corriente que lo envuelve. (Efesios 2:1-2;12). Por algún tiempo, el mundo se le ha mostrado favorable (tal vez en los días de su adolescencia), pero pronto esa actitud cambia, apenas él despierta a su propia condición pecaminosa. Entonces, el mundo le muestra su verdadera naturaleza y su condición hostil.

Más temprano que tarde, llegó para Israel la hora del dolor. Faraón desconoce los favo-

res concedidos otrora a este pueblo, y lo considera una grave amenaza. ¡Así que lo convierte en su esclavo! Israel pasa a servir a los intereses de Faraón. Israel es ahora sólo una fuerza de trabajo que tiene valor en la medida que produce. Sus manos sostienen la grandeza del imperio. Faraón tiene cientos de miles de esclavos judíos, que hacen el trabajo más rudo, para que Egipto pueda lucir sus blasones al mundo entero.

Poco a poco la esclavitud se vuelve insostenible, la carga es ya insostenible. El pueblo gime bajo la impiedad de un amo cruel. Sus más legítimas aspiraciones han desaparecido: un esclavo no tiene ninguna opción. La voz se levanta entonces hacia el cielo. El clamor sube, y Dios oye.

El cristiano crece en el mundo. Aunque él es un escogido de Dios, todavía no conoce su poder liberador: es un esclavo. El trabajo lo oprime, el amo que impera en el mundo –el diablo– lo subyuga. La corriente del mundo le atrapa. Sus exigencias le abruman; él debe estudiar, hacer fortuna, alcanzar el éxito. Para cada una de esas demandas, hay un esfuerzo más que realizar. Las fuerzas le faltan. Siente que en el fondo de su alma hay un hoyo profundo, siente una gran insatisfacción. Piensa que en alguna parte debe haber una solución. Tal vez, más allá de las estrellas. El no lo sabe, pero Dios ha escuchado su clamor y prepara ya su liberación.

Entonces, en su bondad infinita, y en su anticipado conocimiento y consejo, Dios dispone para su pueblo una salida. Dios prepara en el crisol del desierto un hombre para atender tal necesidad. Nace Moisés. Crece, se levanta, cae, huye y se esconde. Cuando parece que Dios ha olvidado, Él lo llama, y lo envía. El Libertador hace su entrada en Egipto. Su palabra es una palabra libertaria que conmueve las entrañas del pueblo, y los cimientos del imperio.

Dios le habla al corazón a su pueblo, y su

palabra, que es también poderosa, le saca de la esclavitud. Moisés trae los juicios de Dios sobre Faraón y sobre Egipto, le vence en todos los frentes, y saca a Israel con brazo poderoso.

La sangre del cordero les ha librado del último y más severo juicio, que es la muerte misma. Mientras los primogénitos egipcios caen bajo la hoz del destructor, los hijos de Dios comen con premura del Cordero pascual, para memoria perpetua de su gran salvación.

Aquella sangre esa noche en Egipto, puesta sobre el dintel de las puertas de las casas judías es la sangre del Cordero de Dios que ha librado de una vez y para siempre a los hijos de Dios de toda condenación. ¡La condenación ha pasado! ¡El destructor no los ha podido tocar! ¡La poderosa salvación de Dios ha llegado! Aquel “veré la sangre y pasaré de vosotros” suena todavía, glorioso, en los oídos creyentes. Todavía la sangre del Cordero de Dios está vigente. Tan vigente como ayer. Y lo estará por siempre.

Aquella noche el bordón estaba en la mano de todo israelita, la masa sin levadura que sobró del pan necesario, está envuelta para llevarla. ¡Hay que marchar! ¡Egipto debe quedar atrás! ¡Canaán les espera!

Egipto deja salir a sus cautivos, y no solos: les añade voluntariamente regalos y joyas en abundancia. Egipto es devastado por los mismos egipcios, para regalar a sus ex-esclavos que se van. ¡Qué terrible es el Dios que ellos tienen! ¡Que se vayan luego, antes que ellos sean consumidos!

Dios ha dignificado a su pueblo ante los ojos de Egipto y de Faraón. Dios ha enojado a sus amados; salen, no como esclavos que escapan de su amo, sino como príncipes que van a adorar a su Dios al desierto.

El cristiano es conducido por el Espíritu de Dios a salir del mundo. ¡Se ve todo tan distinto ahora! El mundo le es ajeno, él tiene una

nueva patria. ¡Tiene que salir! Su pie se mueve, su corazón palpita. ¡Pertenece a otro pueblo! ¡Su patria está lejana! ¡Hay que salir!

El paso del Mar Rojo

Esta salida y definitiva separación del pueblo de Israel de Egipto es tan significativa, que debe quedar una clara constancia de ella. Deberá quedar grabada, no sólo en el recuerdo y la conciencia de quienes fueron sus protagonistas, sino aún debe quedar registrada en los anales de la historia misma. Su relevancia es tal que de ella habrá una perpetua memoria.

Israel avanza a paso lento. No sólo caminan los hombres de músculos endurecidos por el trabajo diario, sino que van los abuelos debilitados por la enfermedades, y los niños marchitados por la desnutrición. Pese a todo, la alegría se desborda. Hasta los animales se unen a ella aquí y allá con sus voces tan dispares.

Sin embargo, a poco andar, una nube de polvo y el ruido de carros por retaguardia les llena de pavor: Faraón y sus carros de a caballo se acercan a galope tendido.

La encerrona es perfecta. Al frente, el mar; detrás, el ejército más poderoso de la tierra. ¿Puede haber escape para esa multitud indefensa?

El cristiano sabe que ya no pertenece al mundo. Se sabe libre de él y perteneciente a otro pueblo. Su frente se alza para mirar a lo lejos. ¿Dónde estará la meta? ¿Dónde estará Aquel que lo ha llamado “por su gloria y excelencia”? (2ª Pedro 1:3). Avanza con paso firme; le parece que nada puede perturbar su paz y su gozo. Sin embargo, de pronto se cierne un peligro a sus espaldas. Es el diablo que emprende una persecución. Tal vez use a amigos muy cercanos. O, tal vez, a familiares muy queridos. Desde algún lugar inesperado surge la amenaza. El gozo se mezcla con un extraño dolor, que nunca antes había sentido. Es como un puñal clavado en medio del corazón.

El pueblo está encerrado entre Faraón y el mar. Los ojos se abren desmesuradamente. El corazón se llena de pavor. Las mujeres y los niños buscan refugio en el seno del padre. Los hombres gritan a Moisés. Entonces, ¡oh maravilla!, la vara de Moisés, se alza y el mar huye. Las aguas se espantan y el fuerte viento oriental deja el paso expedito. Las aguas bullen a un lado y otro del camino, formando paredes gigantescas. “*Todos en Moisés fueron bautizados ... en el mar ...*” – dirá Pablo mucho tiempo después, interpretando ese glorioso hecho. (1ª Cor.10: 2).

Faraón está vencido, y los cánticos del pueblo así lo declaran con alborozo: “*Ha echado en el mar al caballo y al jinete. Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salva-*



ción ... Echó en el mar los carros de Faraón y su ejército; y sus capitanes escogidos fueron hundidos en el Mar Rojo. Los abismos los cubrieron; descendieron a las profundidades como piedra.” (Exodo 15:1b-2; 4-5 a).

El pueblo, otrora esclavo, ha escapado, y ya está fuera de su alcance. El Mar Rojo está de por medio.

Cuando el enemigo hiere con esa primera punzada en el corazón, el cristiano se desconcierta momentáneamente, pero luego, asistido por el poder de la resurrección de Jesucristo –que está en su corazón– recobra fuerzas. Y en vez de la lágrima –que se enjuga– aparece en sus ojos un brillo desconocido. Es el valor del corazón que asoma con inusitada fuerza. ¡Sí, a la amenaza del diablo opondrá un testimonio de fe más claro aún que su primera y débil confesión de fe! ¡El bautismo! Será la demostración de una fe ineludible, de una decisión irrevocable. Será para él como quemar los puentes que lo unen al pasado. ¡Todos deben saber qué significa para él el mundo y quién es su Dueño ahora!

El bautismo es muerte y resurrección. El mundo queda atrás; adelante hay una nueva Tierra Deseable. La esclavitud ha terminado; la libertad comienza. El sistema corrupto ha quedado atrás, un nuevo día de justicia ya alumbra.

Al igual que Israel en el Mar Rojo, el cristiano también tiene su bautismo en las aguas. Son otras aguas, seguramente más calmadas, pero el testimonio –público– es tan firme como aquél:

¡El mundo quedó atrás! ¡Satanás está derrotado! ¡El cristiano es libre!

El Sinaí y la Ley

El paso del Mar Rojo es el inicio del peregrinar de fe en dirección a Canaán. El Mar Rojo es la separación del mundo. Egipto quedó atrás. Nunca más Israel volvió allí (aunque tuvo el deseo y la ocasión de hacerlo). La primera gran experiencia luego del Mar Rojo está en el Sinaí. Así que, hacia allá se encaminan los pasos de Israel.

El camino más corto entre Egipto y Canaán es la ruta costera; sin embargo, Israel es llevado hacia el sur, para que reciba la Ley en un ambiente de grandes demostraciones de poder de parte de Dios. Ellos entienden que la Ley es buena, y que sus mandamientos son santos y justos. Así que ellos dicen: “*Todo lo que Jehová ha dicho, haremos.*” (Ex.19:8). Sin embargo, ellos no saben qué peso han aceptado sobre sus hombros. La Ley de Moisés es dada a un pueblo que aun camina en la carne. Se le demanda santidad y perfección a quien no puede producirla.

Así, a poco andar luego de su bautismo, el cristiano se encuentra con la Ley. No es que Dios se la imponga, son las criaturas de Dios –los ángeles, en el caso de Israel (Heb.2:2; Gál.3:19b); los mismos cristianos mayores, en el caso del cristiano (Gál.5:4,7)– quienes se la imponen. Ellos lo ponen bajo el peso de Ley de los mandamientos. Son maestros que, más por ignorancia que por maldad, quieren someter al nuevo cristiano a la esclavitud con una infinidad de ordenanzas según la carne. Él deberá vivir las enseñanzas de Jesús, autoimponiéndose para ello una férrea disciplina. Deberá producir cantidades de gozo, de amor, de paz y de bondad, sin claudicar. Aun-

que su ánimo esté triste y su alma agobiada.

Él aceptó de buena gana todas estas cosas. Él quería agradar a Dios. Si sus mayores le enseñan eso, ¡así deberá ser! Se siente honrado con las demandas, y al igual que Israel en el Sinaí, él dice: “Todo lo que el Señor ha dicho, eso haré.” Así, él comenzó a añadir – sin saberlo – las obras de la carne, a la fe. Él estaba lleno de gozo, el gozo del espíritu. Pero ahora, a medida que se esfuerza por agradar en la carne, el gozo se ha ido secando. El desierto de sus propios esfuerzos fallidos lo ha ido consumiendo. ¿Por qué se siente ahora triste y agobiado? ¡Ah, es que él no se ha esforzado lo suficiente! – piensa. Así que deberá esforzarse más por tenerlo. ¡Ay, y si ya no lo siente, por fingirlo!

Deberá esforzarse todo lo necesario para poder agradar a Dios. Literalmente, tendrá que someterse a todo un código de leyes acerca de cómo agradar a Dios y cómo servir, según un régimen de estricto orden. Allí habrá leyes bíblicas y también otras que no son bíblicas. Mandamientos divinos mezclados con mandamientos humanos. Estos últimos forman parte de la larga tradición que pesa sobre el grupo de que forma parte. Aunque se esfuerza, no puede agradar a los demás ni agradar a Dios. ¡Se siente podrido! ¡Qué triste suerte le espera!

La vida en el desierto

El pueblo, premunido de la Ley, avanza ahora hacia el norte; su meta: la Tierra Prometida.

En el trayecto surgen inconvenientes, como era de esperar. El pueblo de Israel es un pueblo quejumbroso e iracundo. ¿Quién que viva bajo la Ley no es así? En Israel se cumplió anticipadamente la certera palabra dicha por Pablo: “Pues la ley produce ira.” (Romanos 4:15). Si se habían airado antes de Sinaí por causa del pan y el agua (Ex.15:22-17:7), se quejan mayormente ahora en Tabera (Núm.11) y se llenan de nostalgia por los pescados de Egipto.

En pocos meses llegan a Cades-Barnea; están en las proximidades de Canaán. Ha llegado la hora de la verdad. Es la hora de la conquista ¡Por fin la meta está a la vista! Pero, entonces, surgen algunas interrogantes, que, lamentablemente, no proceden de la fe: “¿Qué tal es el pueblo al que tendrán que desalojar? ¿Están ellos en condiciones de emprender la conquista?”

Entonces, solicitan que se envíen espías. (Deut. 1:22). Es el primer signo preocupante, aunque Moisés parece no darse cuenta de ello. (Deut. 1:23). Ellos desconfían, no de sí mismos, sino de Dios, y temen al enemigo.

Los 12 espías van, y tras un recorrido de cuarenta días, regresan. Viene el informe lapidario y surge la reacción destemplada del pueblo. *La incredulidad echa por tierra toda pretensión de conquista.* Los hijos de Anac amenazan con su sola estatura. Los hijos de Israel se ven a sí mismos como langostas; ¿y Dios? ¡A Dios no lo ven!

Cuarenta años han de pasar. Un año por cada día del infausto recorrido de los espías. La generación que recibió la Ley ha de morir. Ninguno de los que dijo: “Todo lo que has dicho, haremos” conquistará la Tierra. ¿Por qué? Ellos no caminaban por fe, sino por las obras de la Ley. La Ley es inútil para vencer a los enemigos de Dios. A los enemigos de Dios se les vence con las armas de la fe, no con las de las obras. “Todo lo que no procede de fe, es pecado”. (Rom.14:23 b). Sólo Josué y Caleb están en condiciones de vencer, porque ellos creyeron.

¿Hay un espectáculo más triste que este? Israel da vueltas en círculos, interminablemente. Ellos ya no tienen metas, ellos no tienen aspiraciones. Para ellos ya no existe Canaán. El propósito de su salida de Egipto se ha desvirtuado. Ellos sólo caminan, comen y beben para morir. ¡El sentido de su peregrinar es la muerte!

Para muchos cristianos hoy, las cosas parecieran no ser diferentes.

El cristiano que echa mano a la ley de las obras da vueltas en el desierto, y finalmente tiene que caer allí. El desierto es la vida cristiana vivida en la carne, como un sistema de obras, de rituales externos, sin esperanza de avanzar a Canaán hacia una plenitud de vida en Cristo. Es la vida del alma no crucificada. El cristiano sólo piensa en saciar su hambre y su sed, y si alguna vez mira hacia lo lejos, no es hacia Canaán, sino hacia Egipto. No obstante, la fidelidad de Dios se manifiesta cada día: no le falta la nube de día y la columna de fuego de noche. El calzado no se gasta y el vestido no se envejece. Es un hijo de Dios, y como tal, disfruta de sus favores. Sin embargo, no conoce la plenitud de la vida interior. Lamentablemente, confunde la misericordia de Dios con la buena voluntad de Dios.

Cuando Dios le invita a pasar a Canaán ve sólo dificultades. Su vista se ha acostumbrado al amarillo desvaído del desierto y no puede recordar el verde intenso de los valles. No puede concebir cómo es una tierra de arroyos, de la cual fluye leche y miel. Las excelencias de Cristo le son desconocidas.

Muchos cristianos acaban su vida sin ver a Canaán. Ellos piensan que Canaán es el cielo y se consuelan con una dicha sólo futura. Ellos no saben que los lugares deleitosos son para su disfrute, hoy.

¿Quiénes entran en Canaán?

Dos clases de personas entraron en Canaán: los menores de 60 años, la mayoría de los cuales habían nacido en el desierto; algunos de ellos eran los niños que habían sido objeto de los temores de sus padres en el tiempo del informe de los espías. Estos representan a los niños a quienes el Padre les revela su Hijo (Mat.11:25), a los que se vuelven niños para entrar en el reino. (Mateo 18:3). Y también a los jóvenes fuertes de que habla Juan. (1ª Juan 2:14 b). Estos son los que no se conforman con los secos rituales y se atreven a avanzar, dejando el desierto.

La otra clase de personas son los vencedores longevos, representados por Josué y Caleb. Ellos son los que soportan 40 años en el desierto. Pertenecen a una generación que cayó bajo los juicios de Dios. Son los sobrevivientes al sistema. Los pocos que vencen en medio de la mediocridad de la cristiandad sin incentivo ni metas. Ellos se mantienen vigorosos y fuertes como el primer día, porque son hombres de fe. (Josué 14:10-11).

Muchos cristianos piensan que las aguas del bautismo son las únicas aguas que el cristiano debe cruzar. Sin embargo, hay otras aguas que esperan a los vencedores. Son las aguas del Jordán. En el Jordán hay un nuevo bautismo, esta vez no se trata de una separación del mundo, pues Egipto ya quedó atrás más allá del Mar Rojo. El bautismo en el Jordán le separa de las tierras áridas, de Meriba y de Masah, de una vida de incredulidad y de obras.

Pero hay más. Luego del Jordán está Gilgal. Gilgal es la circuncisión. Es la circuncisión de Cristo, de que habla Col.2:11: “*En él (Cristo) fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo.*” Allí se queda el viejo hombre con sus hechos, y surge un hombre nuevo, un hombre espiritual, capaz de servir a Dios en el espíritu. Sólo los que han pasado por Gilgal pueden llegar a ser vencedores.

¿Qué es Canaán?

Más allá del Jordán está la Tierra Prometida que espera a los vencedores.

La Tierra Prometida es Cristo. Cristo, para ser disfrutado. Cada palmo de esa Buena Tierra espera por nosotros para que pongamos sobre ella nuestro pie. (Deut.11:24). Es un terreno casi inexplorado todavía.

Sus riquezas son inefables, y bien ameritan una detallada descripción (Deut. 8:7-10). Cada vertiente, cada flor, cada ár-

(Continúa en la página 23)

Una invitación del Espíritu a los hombres y mujeres de fe para dejar el pasado y extenderse hacia la madurez.

VAMOS ADELANTE A LA PERFECCIÓN

“Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección...” (Hebreos 6:1 a)

A todo cristiano le llega la hora en que Dios le hace esta solemne invitación. Puede ser después de bastante tiempo de haber creído en el Señor Jesucristo, o puede ser a poco andar en la vida cristiana.

Sea como fuere, la invitación (y que es también una demanda) llega. Dios considera que ya ha invertido suficiente tiempo dándonos leche y enseñándonos los rudimentos de la fe. Dios ha permitido que disfrutemos, sin mayor compromiso aparente, los deleites de la vida cristiana, de los dones espirituales; y nos ha hecho todas las cosas muy fáciles. Ahora, sin embargo, nos dice que espera algo más de nosotros. Él quiere que seamos maestros; que tengamos los sentidos ejercitados en el conocimiento del bien y del mal; que no seamos ya más niños; que no profesemos una fe claudicante, ni un testimonio débil. *Dios quiere que vayamos adelante a la perfección.*

VAMOS

“Vamos” es una invitación que hace el Espíritu Santo al Cuerpo, no al individuo. El interés de Dios está centrado en la iglesia, no en uno o dos líderes. Aquí hay pluralidad, no individualismo.

Cuando la amada del Cantar de los Cantares dice: *“Atráeme, en pos de ti correremos”* (1:4 a) está deseando que todo el pueblo de Dios corra tras su Amado, por eso dice, en plural: *“... en pos de ti correremos”*.

El Señor es glorificado cuando los muchos corren tras Él, entre ellos también los pequeños y los cojos (Heb.12:13).

Ahora bien, es cierto que, aunque la acción está destinada para el Cuerpo, suelen iniciarla uno o unos pocos. Sea uno o sean dos, se inicia como una oración individual de anhelo por las cosas divinas. Hay detrás de esa oración una insatisfacción que lleva al creyente a pedir ser atraído. Sus continuos fracasos le han demostrado que no puede hacer promesas ni puede iniciar un camino de comunión más estrecha por sí mismo. Entonces clama con la angustia del ciervo por las corrientes

de las aguas: *“Atráeme”*.

Luego, al ser atraído por el Señor, el creyente corre detrás de Él, pero no va solo. Su hambre ha sido contagiada a otros, su insatisfacción ha despertado otros corazones, y la respuesta del Señor también ha alcanzado a otros, de manera que a la hora de correr muchos se le han apegado.

La invitación es para que todos vayamos. Naturalmente, no todos cuantitativamente, pero sí una pluralidad de hermanos, representativos de la iglesia, que corren, no por sí mismos (porque el Señor les da fuerzas), ni para sí mismos, sino para el Cuerpo. Son aquellos que el Señor ha atraído hacia sí.

Un paso de fe

Este *atráeme* es similar al desafío que lanza Pedro al Señor cuando lo ve acercarse caminando sobre el mar: *“Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas”* (Mateo 14:28). Pedro no se conforma con ir en una barca que es llevada y traída por el juego azaroso del oleaje. No se conforma con tener que esconder la cabeza del viento embravecido. Pedro quiere sobreponerse a la fuerza de los elementos, y quiere, al igual que su Maestro, caminar sobre las aguas.

El mar embravecido son las circunstancias adversas, y el enemigo detrás de ellas, desatados todos sobre el cristiano, para hacerle temer y, si es posible, naufragar. No obstante, lo maravilloso de este episodio es que el Señor no deja a Pedro con ese deseo insatisfecho. El Señor atiende el arrojado de Pedro, su afán de perfección, y le dice: *“Ven”*.

Entonces Pedro camina sobre las aguas. Así también nosotros. Si somos atraídos por el Señor, podremos también caminar sobre las aguas de las dificultades, de las pruebas y tentaciones. Si se lo pedimos al Señor, Él atenderá nuestro clamor y nos dirá: *“Ven”*.

ADELANTE (Filipenses 3:13-15)

Para caminar hacia adelante hay que dejar lo que hoy nos amarra. Hay que dar por superada la etapa que nos aprisiona, hay que

dar vuelta la hoja. Hay que sepultar el pasado.

“Una cosa hago –dice el apóstol Pablo– olvidando ciertamente lo que queda atrás...”

Hay que olvidar lo que queda atrás. ¿Cómo es que podemos olvidarlo? ¿Sólo porque nos lo proponemos? No, lo olvidaremos porque la cuenta está saldada. La deuda que traíamos, el Señor la pagó. Somos libres de nuestro pasado.

Atrás están nuestros fracasos, nuestros yerros, nuestros pecados, nuestras promesas incumplidas, nuestros propósitos frustrados, nuestras amarguras. Todo ha de quedar atrás. Todo aquello que desalienta. La mochila cargada de ese *“peso que nos asedia”* (Heb.12:1) tenemos que ponerla delante del Señor, para que Él se haga cargo. ¡El Señor se hace cargo!

Él murió por nuestros pecados; su sangre es eficaz para quitar todo ello de en medio. Ya no hay nada que nos pueda atar y esclavizar al pasado.

Atrás también quedan nuestros pequeños triunfos, esos que nos envanecen. Si algo de lo que hicimos vale la pena recordarlo, que otros lo recuerden, y sobre todo, que el Señor lo tenga en memoria delante de Él. Pero ¿nosotros? Lo olvidaremos, así como olvidó David su victoria sobre Goliath, para nunca mencionarla. ¿Hay algún triunfo? Que lo sepa el Señor, y no nosotros.

“... Y extendiéndome a lo que está delante”. Este *extendiéndome* tiene un significado precioso en el griego. Significa *“alargando el cuello”*.

Esta imagen nos lleva inmediatamente a una pista de atletismo. Los corredores van llegando a la meta. La llegada es estrecha; sólo uno se llevará el premio. Hay que esforzarse al máximo. Entonces, los que van disputando el primer lugar alargan el cuello. Todos quieren, en un supremo y postrer esfuerzo, ser el primero en cruzar la meta, y alcanzar así el codiciado premio.

¿Hacia dónde estamos alargando el cuello? ¿Hacia el mundo, para ver su multitud de frivolidades? Si es así, nos constituimos ene-

migos de Dios. (Stgo.4:4). ¿Hacia atrás, como la esposa de Lot, deseando volver a nuestra añeja forma de vida? Entonces, nos quedaremos petrificados, sin poder correr más la preciosa carrera. (Gén.19:26) ¿O somos como aquel labrador que, puesta la mano en el arado, mira hacia atrás? Entonces, perderemos el reino. (Luc.9:62).

¿Hacia dónde estamos “*alargando el cuello*”?

“*Prosigo ...*”. La palabra “prosigo” es sinónimo de “*continúo*”. Pero tiene, además, la siguiente connotación: Yo prosigo cuando *sigo* y *sigo*. Es la acción continuada, persistente, perseverante. ¿Hay dificultades? Yo *sigo*. ¿Hay luchas? Pues, yo no tengo alternativa: yo *sigo*. Prosigo ¿adónde?

“*A la meta, al premio ...*”. El premio de una carrera no se otorga a los que tuvieron las mejores intenciones de llegar primeros. El podium, con toda su gloria, espera a una sola clase de personas: a los que corrieron bien y ganaron. No a los bien intencionados, sino a los que ganaron lícitamente. En una carrera de cien metros, el metro 99 no es la meta, como tampoco lo es el metro 99,9. Hay una meta, que está en el metro 100, que tenemos que alcanzar. Por eso somos invitados por el Espíritu Santo para *ir adelante*.

“... *del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús*.” Muchos llamamientos (o vocaciones) hay en la vida. En el plano de lo natural, cada persona tiene, por su configuración psicológica particular, una vocación determinada que suele concretarse en la actividad laboral que desempeña. Hablamos de que un

aviador tiene una “vocación”, que el profesor tiene una “vocación”, etc. Esto, en el plano natural. Sin embargo, aquí se nos habla de una vocación superior a todas las demás: es un llamamiento o vocación *suprema*. Es el llamamiento de Dios, para ser algo para Dios en Cristo Jesús.

Muchos se esmeran en ser los mejores profesionales, y para lograrlo, trabajan *de sol a sol*, y se inscriben en cuanto curso de perfeccionamiento pueden. Su objetivo: ser fieles a su vocación. Ser los mejores en su área. No obstante, cualquier vocación terrenal es demasiado estrecha comparada con esta vocación *suprema* que tenemos en Cristo.

Se cuenta del misionero Guillermo Carey, quien tenía varios hijos también misioneros. Cuando uno de ellos, Félix, comenzó a predicar, Carey escribió con satisfacción en su Diario de vida: “Mi hijo, Félix, respondió al llamado de predicar el evangelio.” Años más tarde, cuando ese mismo hijo aceptó el cargo de embajador de Gran Bretaña en Siam, Carey, desilusionado y angustiado, escribió a un amigo: “¡Félix se empequeñeció hasta volverse un embajador!”

Carey tenía una correcta visión del valor que las cosas tienen para Dios. Y es así como también tenemos que ver nosotros la *suprema* vocación que tenemos en Cristo Jesús.

“*Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sentimos ...*”. Aquí también tenemos al cuerpo, representado por los que aman al Señor en la iglesia, por los más maduros, sintiendo lo mismo. Hasta el versículo 14 la acción es individual, pero aquí se abre hacia los demás en el cuerpo. El creyente tiene una responsabilidad personal, y cuando la asume, otros también sentirán lo mismo: “*Y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios*.”

¿Ha sentido usted el llamado para olvidar lo que quedó atrás y seguir adelante? Si no es así, esto también —esperamos— se lo dará el Señor.

A LA PERFECCIÓN

La epístola a los Hebreos pone un especial énfasis en la perfección del creyente, tanto es así que la expresión: “*Vamos adelante a la perfección*” podría usarse como título para toda la epístola.

Cuando se habla de ‘perfección’, muchos de nosotros nos miramos a nosotros mismos, como Sara cuando Dios le anunció el nacimiento de su hijo. Tal vez hasta una sonrisa escéptica se asome en nuestros labios. ¿Yo,

perfecto? ¡*Por favor, no bromeé!*

Sin embargo, la Palabra de Dios llama las cosas que no son como si fuesen (o *para que sean*). (Rom. 4:17).¹ Y con ello hemos de quedarnos.

El Espíritu Santo en Hebreos nos muestra que uno de los grandes problemas que tenía le ley de Moisés era que no podía hacer, por su sistema de ofrendas y sacrificios, perfectos a los que se acercaban a Dios por medio de ella (Heb.9:9; 7:11,19; 10:1).² En cambio, la obra del Señor Jesús en la cruz “*hizo perfectos para siempre a los santificados*” (Heb.10:14). Esta es, por supuesto, la perfección que alcanza el creyente delante de Dios por la obra de Cristo. No obstante, siendo perfectos, el Espíritu Santo nos invita a seguir avanzando hacia la perfección. Tal como Cristo, que era perfecto en todo, sin tacha ni defecto (Heb.7:28), fue perfeccionado (Heb.5:9), así también nosotros, tenemos que llegar a serlo. De esa manera, la perfección imputada viene a ser una perfección encarnada en nosotros, y vivida.

Ahora bien, ¿qué debemos hacer, y cómo hacerlo, para llegar a la perfección? La epístola a los Hebreos nos entrega las claves para alcanzarlo; por lo pronto, el Espíritu Santo nos dice en 6: 1: “*Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección*”. Para avanzar adelante hay que dejar algo atrás. Lo que es leche, lo dejaremos, para procurarnos alimento sólido. La torpeza para discernir lo que agrada al Señor, también ha de quedar atrás. Ahora es preciso ejercitar nuestros sentidos, y avanzar adelante.

La meta es alcanzar la estatura del Varón perfecto (Ef.4:13). Era la misma meta que tenía el apóstol Pablo para los creyentes del primer siglo (Col.1:28; Gál.4:19).

“*Vamos adelante a la perfección*” es, pues, un llamado a avanzar hacia la meta, a no conformarse con los fracasos, o con la mediocridad imperante. ¡Que el Señor nos conceda una mirada lúcida y un deseo ferviente de seguir avanzando, un solo y mismo deseo, el mismo del anciano apóstol, que sólo deseaba *asir aquello para lo cual había sido asido por Cristo!* Amén.

¹ Así traduce la Biblia de Jerusalén.

² La Versión Moderna traduce así Heb.8:8: “... *Porque tachando a aquél (el primer pacto) de imperfección, les dice ...*”



La amplia provisión de dios

La solución para los pecados y las debilidades

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo ... y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos ...” (Hebreos 10: 19-22)

Si miramos atentamente, el Espíritu Santo nos revela en la epístola a los Hebreos que está muy interesado en nuestra perfección, y que Él ha provisto los recursos para que esto sea posible. Grosso modo, esta epístola nos plantea que en el Antiguo Pacto no había ninguna posibilidad de que los hombres alcanzasen la perfección, pero que en el Nuevo Pacto, sí.

La Ley no podía hacer a los hombres perfectos

La Ley no podía hacer perfectos a los hombres, por dos poderosas razones:

a) por el carácter de las ofrendas: La sangre de los toros y de los machos cabríos, y la sangre de la becerro sólo santificaban para la purificación de la carne (9:13), pero no podían limpiar la conciencia de obras muertas (9:14). Hebreos 9:9 dice: “... Según el cual (el

sistema legal de Moisés) se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto.” Esta sangre tenía que ser presentada muchas veces (cada año) en un tabernáculo que era apenas sombra del verdadero. “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado.” (Heb.10:1-2)

b) por el carácter del sumo sacerdote: La ley establecía como sumo sacerdotes a débiles hombres (Heb.9:28), que por la muerte no podían continuar (9:23). Ellos tenían que ofrecer cada día sacrificios por sus propios pecados, para poder después presentar sacrificios por los pecados del pueblo. El autor de la epístola se hace una pregunta con carácter de solemne afirmación: “Si pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico ... ¿qué necesidad habría aún de que se levantase otros sacerdotes, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón?” (7:11).

Considerando, pues, el carácter de las ofrendas y la calidad del sumo sacerdote ¿cómo podían los que estaban bajo la ley alcanzar lo perfecto? ¡Imposible! Verdaderamente, nada perfeccionó la ley (Heb.7:19).

El Nuevo Pacto

El fracaso del sistema antiguo para perfeccionar a los hombres hacía imprescindible un cambio radical. Por eso, bajo el Nuevo Pacto hay cambio de ofrenda y cambio de sacerdocio.

a) La Nueva Ofrenda: “... ¿Cuánto más la sangre de Cristo limpiará vuestras conciencias de obras muertas, para que sirváis al Dios vivo?” (Heb.9:14). El cambio de ofrenda ha producido un efecto notable en los beneficiados por ella: se ha producido no sólo la puri-

ficación de la carne, sino, sobre todo, de la conciencia. Allí, en ese lugar recóndito; allí, en ese lugar donde hay una voz que habla siempre a favor de Dios, y que antes nos acusaba; allí donde el enemigo de Dios y enemigo nuestro entraba para acusarnos y condenarnos; allí, en ese lugar ha penetrado la eficacia de esta preciosa ofrenda, para limpiar, y habilitar al penitente de modo tal que éste puede entrar en la obra de Dios. Ahora se puede afirmar categóricamente: “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.” (10:14) ¡Esto es maravilloso! ¡Aleluya!

b) El Nuevo Sacerdocio: “Mas éste (Jesús), por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.” (7:24-25). Este Sacerdote no fue constituido por el mandamiento acerca de la descendencia según la genealogía de Aarón, sino según el poder de una vida indestructible (7:16). Dios estableció a este Sacerdote mediante juramento para que ejerciera eternamente (7:21).

El mismo Jesús que en los días de su carne se compadeció de las debilidades y miserias de los hombres, es quien hoy tiene este ministerio por nosotros a la diestra de Dios, favoreciéndonos perpetuamente. ¡Esto es precioso!

Los pecados y las debilidades

Nosotros teníamos dos grandes problemas que la Ley no podía solucionar: el problema de nuestros pecados y el de nuestra debilidad o impotencia para agradar a Dios. Los sacrificios y las ofrendas de la Ley no podían solucionar el primero de estos asuntos, como ya hemos visto. Tampoco ayudaba a solucionar el segundo el ministerio sacerdotal según el orden de Aarón, por su debilidad e ineficacia.

Las ofrendas por el pecado tenían por objeto solucionar el problema de los pecados, pero la ley no solucionaba ese problema, por-



que ella no puede quitar los pecados (10:4). Por su parte, el oficio del sacerdote tenía por objeto interceder delante de Dios a favor de los hombres en cuanto a sus debilidades. (Cuando se describe el papel de un sacerdote en el fragmento de 4:14-5:10 nos queda claro que el sacerdote está puesto delante de Dios, a favor de los hombres, para compadecerse de las debilidades del pueblo, por cuanto ellos son ignorantes y extraviados). Los sacerdotes levíticos tenían, ciertamente, la capacidad para comprender las debilidades del pueblo, pero no para sobrellevarlas, porque ellos también estaban rodeados de debilidad.

Por eso, el gran objetivo de la perfección del hombre es inalcanzable por medio de la ley: “Porque la ley ... nunca puede ... hacer perfectos a los que se acercan” (Heb.10.1) Era necesario, pues, que Dios proveyera una mejor solución para estos dos graves problemas del hombre.

Para nuestra perfección

Dios proveyó los recursos necesarios para que fuésemos hechos perfectos. Por un lado, la ofrenda del Señor Jesús (su preciosa sangre) es la solución suficiente para la limpieza de nuestros pecados y de nuestra conciencia; y, por otro, el ministerio del Señor como sumo sacerdote es eficaz para sobrellevarnos en nuestras debilidades. ¡Gloria al Cordero de Dios! ¡Gloria al sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús!

¿Hay algún recurso que Dios nos haya negado para alcanzar la perfección como cristianos? ¡Todos nos han sido procurados en la persona y en la obra preciosísima de nuestro bendito Señor Jesús! Ayer en la cruz, hoy en el trono; ayer ofreciendo su vida como ofrenda por nuestros pecados, hoy intercediendo perpetuamente por los creyentes; ayer en la tierra, hoy en el cielo; ayer rodeado de debilidad, hoy ministrando según el poder de una vida indestructible; ayer por los pecados, hoy por nuestras debilidades; ayer como Cordero, hoy como Sumo Sacerdote. Ayer nos salvó de nuestros pecados para siempre; hoy nos salva de nuestras debilidades e impotencias por su intercesión perpetua.

¿Cómo llegó el Señor a ofrecer una perfecta ofrenda y a ser un perfecto sumo sacerdote?

Siendo eternamente perfecto, el Señor Jesús tuvo que ser perfeccionado para venir a ser autor de nuestra salvación, y ser también sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. (Heb.2:10; 5:8-10). Su condición de Salvador aparece en 2:10, la de Sumo Sacerdote en 2:17. Ambas funciones se reúnen en 5:9-10, y sus efectos en el creyente los po-

demus ver en 10:19-23.

Para llegar a ser autor de nuestra salvación fue perfeccionado por aflicciones, para que así aprendiese la obediencia (Heb.2:10; 5:8). Para llegar a ser un perfecto sumo sacerdote Él se hizo en todo semejante a nosotros, y fue tentado en las mismas tentaciones que nosotros (Heb.2:17-18), pero sin pecado (Heb.4:15). Siendo Dios, todopoderoso y perfecto, no podía participar de la debilidad de los hombres de otra forma que haciéndose como ellos para padecer como ellos. Por eso pudo ser declarado por Dios sumo sacerdote, porque Él padeció todo lo que los hombres padecen. El sufrió “para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere ...” (2:17).

Siendo Dios, se sujetó a debilidad, para que, al estar en esa condición, pudiese conocer nuestras debilidades y pudiese llegar a ser un fiel y compasivo sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere.

Los salvos necesitan un intercesor

Alguno dirá: “Yo ya soy salvo, ¿para qué necesito un intercesor a la diestra de Dios?”. Pues bien, aunque usted sea salvo, necesita un intercesor.

Es cierto que la salvación que Cristo logró en la cruz es eterna y perfecta. Por ella somos libres de los pecados para siempre. Sin embargo, aun siendo salvos, usted y yo tenemos problemas. Aunque hijos de Dios, todavía luchamos contra enemigos poderosos. Aunque verdaderos creyentes, arrastramos un cuerpo de muerte, lo cual es una desdichada condición para un hijo de Dios. ¿Qué podemos hacer?

Es aquí donde interviene el sumo sacerdote. Si la obra de Cristo en la cruz hubiese sido completa para su perfección y la mía (lo fue para nuestra salvación), entonces Él hubiese estado descansando hoy a la diestra del Padre, disfrutando de aquella gloria que tuvo desde el principio. Sin embargo, no es así. Porque cuando el Padre le dijo: “Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies” (Heb.1:13), también le dijo: “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (Heb.7:21).

Usted y yo somos ignorantes aún y nuestro corazón suele extraviarse. (Heb.5:2). Todavía estamos rodeados de debilidad (Heb.4:15). Deberíamos ser ya maestros, y todavía somos niños. Todavía necesitamos de leche y no podemos comer alimento sólido. No tenemos aun los sentidos ejercitados en el conocimiento del bien y del mal. Todavía damos vueltas y vueltas en los rudimentos. (Heb.5:12-14). ¿No es esto una desgracia?

Sin embargo, he aquí, una buena nueva: Tenemos un Sumo Sacerdote a la diestra de

Dios. Uno que no se cansará de oírnos llegar a Él vez tras vez con los mismos clamores. Uno que no se aburrirá de nuestra torpeza. Si viviésemos en el trono de los cielos sólo al Padre, podríamos –en nuestra debilidad y ceguera– albergar todavía temores (Él es temible en santidad y habita en luz inaccesible), pero teniendo a Jesús, el que anduvo por los caminos de Galilea, el que lloró y tuvo hambre, el que tuvo sed y perdonó, el que se compadeció de las miserias de los hombres, entonces nuestro corazón se llena de esperanza, y nos sentimos alentados a acercarnos confiadamente para hallar gracia y misericordia para el oportuno socorro.

Un ejemplo del Antiguo Testamento

Los hijos de Jacob, luego de conocer que José era gobernador en Egipto, y que estaba dispuesto a favorecerlos, acudieron a ese país con esperanza y con gozo. En el mundo había hambre, pero en Egipto había pan. En el mundo había desconcierto, y los gobernantes no sabían como paliar la necesidad surgida por la sequía; pero en Egipto había uno –su propio hermano– que podía proveer a todas sus necesidades. Egipto era para ellos un lugar atractivo desde que supieron que su hermano era allí el gobernador. Ellos eran bien recibidos en Egipto por causa de José, su hermano.

Así también ocurre con nosotros. ¿Qué hace para nosotros tan grato el cielo, sino el saber que allí está nuestro Hermano mayor, misericordioso y compasivo, que puede compadecerse de nuestras debilidades? ¿Qué es lo que nos quita el temor para acercarnos, sino el saber que está allí uno que estuvo en nuestra condición, que vivió como nosotros, y que no olvidará jamás los días de su carne? ¡No dudemos jamás de su amor! Así como amó a los suyos hasta el fin en su ministerio terrenal (Juan 13:1), nos ama también eternamente, y nos salva también perpetuamente.

Una escena celestial

El Señor resucitado, luego de estar cuarenta días con sus discípulos, instruyéndolos acerca del reino, asciende a los cielos. Ante la vista atónita de sus discípulos, es alzado, y le recibe una nube que le oculta de sus ojos. (Hechos 1:9).

Entonces, el Señor Jesús sube a lo alto como vencedor, y lleva cautiva la cautividad (Ef.4:8). Al acercarse a la gloria, se oyen voces potentes, que dicen:

“—Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras puertas eternas, y entrará el Rey de gloria.

Otra voz pregunta:

—¿Quién es este Rey de gloria? — No por-

que no le conozca, sino para provocar la gloriosa respuesta, que conmueve los cielos y los infiernos:

—Jehová el fuerte y valiente. Jehová el poderoso en batalla.

Entonces la voz se oye de nuevo, aún más imperiosa:

—Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria.

Jehová (Jesús) de los ejércitos, Él es el Rey de la gloria”. (Salmo 24:7-10).

Esta escena continúa en el trono mismo de Dios. ¡Qué fausto, qué gloria, qué refulgencia! ¡El Hijo de Dios es entronizado con la magnificencia del Rey de reyes y Señor de señores!

El Padre entonces le dice (y su voz ha de haber resonado en todos los rincones del universo):

—Hijo amado, siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Heb.1:13).

El Hijo observa a su alrededor la grandeza de la celebración que hay en los cielos. Todas las criaturas celestes se han regocijado y han venido para adorarlo. Sin embargo, el Señor se vuelve hacia su Padre, y le habla en la intimidad de su amor.

—Padre, hay algo que tengo que decirte. Vengo de estar con los hombres, como uno más entre ellos. Treinta y tres años viviendo a la semejanza de ellos me han cautivado el corazón. Allí quedaron los que me diste; parte de mi corazón se quedó con ellos. Mientras estaba con ellos, yo los guardé, y ninguno se perdió, sino el Hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera. Ahora quedarán solos. Su debilidad es tal que no sólo necesitarán al Espíritu Santo en ellos, sino me necesitarán a mí, para que vele por ellos desde aquí ... Padre, sé que debería estar en paz disfrutando de esta gloria que Tú me has dado, pero mi corazón de hombre se quedó prendido al de mis hermanos ... ¿Quién los conoce

como yo? ¿Quién vivió sus debilidades y fue tentado en sus tentaciones? Padre ... quiero dedicar todo este tiempo, mientras tú pones a mis enemigos bajo mis pies, y mientras ellos pelean allá abajo la buena batalla, quiero dedicarme a interceder permanentemente por ellos. Padre, así como Tú me amas a mí, y quieres honrarme, yo los amo a ellos y quiero favorecerlos. Así como Tú buscas mi bien, yo quiero buscar el bien de ellos. Así como Tú me guardaste en los días de mi carne, yo quiero guardarlos a ellos en su debilidad.

Entonces el Padre, conmovido por los argumentos del Hijo, por su amor generoso como sólo el Hijo amado puede tenerlo, le dice:

—Hijo mío, declaro bajo juramento que Tú eres sacerdote para siempre, a favor de tus hermanos, según el orden de Melquisedec (Heb.7:21,28).¹

Una condición básica para ser socorridos

Hay una sola condición que Dios exige para ser socorridos y es que nos acerquemos en busca de socorro. Hay un solo problema que puede impedirnos ser ayudados, y para ser enteramente perfeccionados, y es que no nos acerquemos. ¿Estamos lejos, distantes? ¿Nos hemos desanimado hasta el punto de pensar que no tenemos remedio, que jamás llegaremos a la meta? ¿Están nuestras manos caídas y nuestras rodillas paralizadas? ¿Nuestras sendas están torcidas? ¡Acerquémonos confiadamente!

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo ... y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengámonos firmes, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.” (Heb.10:19-23).

En el Lugar Santísimo que está en los cielos no sólo tenemos la sangre de Cristo a nues-

tro favor, sino que también tenemos a Jesús mismo como Sumo Sacerdote; recursos —ambos— gloriosos, benditos y suficientes para toda defección: “Teniendo ... la sangre de Jesucristo, ... y teniendo un gran sacerdote ... acerquémonos”.

Ni nuestros pecados ni nuestras debilidades pueden ser un obstáculo para acercarnos. No nuestro corazón impuro (porque ha sido purificado), no nuestra conciencia cargada (porque ahora tenemos buena conciencia). Si hay pecados, echemos mano a la sangre de Jesús, y basta. Los pecados no son un problema para quienes hemos conocido la eficacia de la sangre de Cristo. Si hay debilidades, pues, acerquémonos con corazón sincero, sin caretas, ni melindres. ¡Con corazón sincero, resueltamente!

La vida en sociedad tal vez nos obligue a actuar con imposturas; a asumir ciertos roles sociales; y en ello se nos infiltran hipocresías; sin embargo, delante de Dios ¿qué somos? ¡Somos, simplemente, lo que somos! Entonces, si vamos al Señor sinceramente, confesando nuestros fracasos por agradarle, nuestras inconstancias, nuestras concupiscencias, nuestras apostasías, nuestra incredulidad, ¡hallaremos socorro!

Así que, no hay excusas para amar la imperfección y el fracaso. No hay excusas para permanecer en la desesperanza y el desaliento. No hay excusas para consentir la amargura y el fatalismo. ¡En Cristo, perfecto Salvador y Sumo Sacerdote, tenemos todos los recursos de Dios para llegar a la perfección!

Que el Señor nos alumbré el entendimiento y nos provea de la fe para creerlo y experimentarlo. ¡Para la gloria de su santo Nombre!

¹ Perdónenos el Señor y los hermanos que hayan leído con recelo este relato, como si pretendiésemos conocer los arcanos de Dios. Es sólo una recreación, sugerida por las Escrituras citadas, que pretende graficar el amor del Señor Jesús por nosotros, y su motivación al ser constituido Sumo Sacerdote.



Perfeccionados, ¿para qué?

Instrumentos de salvación e intercesión

La perfección no es un estado beatífico, carente de sobresaltos. Antes bien, es un ejercicio apasionante como instrumentos de salvación e intercesión.

El fin último de Hebreos es mostrarnos que podemos alcanzar la perfección como cristianos. No es mostrarnos meramente que Cristo es superior a la Ley, sino que es mostrarnos los recursos que Dios ha provisto en Cristo para que alcancemos la meta que nuestro Dios se fijó para nosotros.

La preciosa sangre de Jesús es la solución para el problema de nuestros pecados, y su sumo sacerdocio es la solución de Dios para el problema de nuestras debilidades. La carga de pecados, y la flaqueza de nuestra humana condición quedan en las manos de Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, para que ya no nos estorben hacia nuestra meta de perfección y en nuestro servicio a Dios.

Hebreos nos muestra cómo el Hijo de Dios llegó a ser un perfecto Salvador y un perfecto Sumo sacerdote para favorecernos hasta que alcanzásemos la perfección. La voluntad de Dios no es que seamos sólo limpiados de nuestros pecados, y seamos así perfectamente salvos, sino que también seamos socorridos en nuestras debilidades para llegar a ser cabales y perfectos. Sólo así Dios podrá usarnos para su gloria. Sólo así podremos alcanzar la madurez en Cristo.

La revelación de Hebreos tocante al valor de la sangre y del sumo sacerdocio de Cristo se completa en el pasaje del capítulo 10:19-23. Allí se nos muestra que, por medio de la sangre, y teniendo este gran sacerdote, podemos acercarnos a Dios. Más aún, se nos invita y exhorta a acercarnos confiadamente, en lo que es una confirmación, pero con mayor conocimiento de causa, de lo que se nos enuncia brevemente en Hebreos 4:14-16. Ahora que hemos visto la excelencia de Jesucristo como Ofrenda y como Sumo Sacerdote, podemos acercarnos.

Luego, en el versículo 23 se nos dice: "Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió." ¿Cuál es la profesión de nuestra esperanza?

En Hebreos no se nos aclara suficientemente cuál sea la profesión de nuestra esperanza. Para saberlo, tendremos que avanzar

un poco más en la revelación de las Sagradas Escrituras para encontrarla.

Una revelación gradual

La revelación divina avanza, gradual y sostenidamente, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Hay muchas verdades y doctrinas en las Escrituras que se van revelando paso a paso a través de sus diferentes libros.

Veamos, por ejemplo, cómo el sumo sacerdocio del Señor Jesucristo se revela gradualmente.

Comenzando el libro de los Hechos encontramos la ascensión del Señor Jesucristo (1:9), y poco más adelante lo vemos ya a la diestra de Dios (7:55-56). Nada se dice allí todavía de su función como sumo sacerdote. Más adelante, en Romanos 8:34 se nos dice que el Señor Jesús está a la diestra de Dios intercediendo por nosotros. Esto es un avance con respecto a Hechos 7:55, pero todavía no se nos dice cuál es su investidura como Intercesor. Esta revelación (y que es su completación) está en Hebreos, donde se nos presenta al "apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús" (Heb.3:1), constituido, bajo juramento, sumo sacerdote según el orden de Melquisedec (Heb.7:21). Aquí se nos muestra que Él no sólo intercede por nosotros, sino que está investido con un oficio sacerdotal más excelente que el de Aarón, constituido por Dios bajo juramento, teniendo como fundamento el poder de una vida indestructible.

Así también, tal como la revelación de Jesucristo en cuanto sumo sacerdote es gradual en las Escrituras, también lo es la revelación de nuestra perfección como creyentes, y de cuál es "la profesión de nuestra esperanza".

La mayor señal de perfección

Como se ha reiterado, en Hebreos se nos habla acerca de que nuestra perfección es posible, debido a que tenemos a nuestro favor la preciosa Sangre y los oficios de nuestro gran Sumo Sacerdote. Sin embargo, no nos dice qué espera Dios de nosotros, excepto que pongamos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe (Heb.12:2), para recibir

aliento y fortaleza.

Así que, Hebreos nos invita a mirar a Jesús como Ofrenda, autor de nuestra salvación (es decir, Salvador), y como consumidor de la fe, es decir, como Sumo Sacerdote. Sin embargo, no nos dice mucho acerca de lo que Dios espera de nosotros luego que hemos sido tan favorecidos por la obra perfecta del Señor Jesucristo.

Para saberlo, tenemos que avanzar un poco más en las Escrituras, hasta 1 Pedro 1:9: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio ..."; esto se ve corroborado en Apocalipsis 1:6: "Y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre ...", y en Apocalipsis 5:10: "Y los has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes; y reinarán sobre la tierra" (Versión Moderna de H.B. Pratt). El primero es el testimonio de Pedro, el segundo es el testimonio de Juan en Patmos, y el tercero es el testimonio de los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos en la corte celestial, respecto de los redimidos.

Lo que en Hebreos apenas se nos sugiere por el ejemplo de nuestro bendito Señor como Sumo Sacerdote, aquí en estos pasajes se nos aclara perfectamente: ¡somos sacerdotes para nuestro Dios! Y no sacerdotes comunes, sino sacerdotes-reyes, que tienen no sólo la función de interceder (hoy), sino también la de reinar (mañana).

Por estos pasajes entendemos que el objetivo de Hebreos no era sólo mostrarnos la obra perfecta de Cristo como Autor de nuestra salvación y Sumo Sacerdote, sino, además, darnos el mejor ejemplo de cómo nosotros podemos llegar a ser eficaces sacerdotes, es decir, instrumentos de salvación y de intercesión para otros. Aquí comprobamos que el deseo de Dios es que andemos como el Señor Jesús anduvo (1 Juan 2:6), y que "como él es, así somos nosotros en este mundo" (1 Juan 4:17 b).

El mejor ejemplo

Para saber cómo se llegar a ser un eficaz instrumento de salvación y de intercesión tenemos que volver a Hebreos 5 y revisarlo bajo esta nueva perspectiva. Allí vemos cómo el Se-

ñor Jesucristo, siendo perfecto, llegó a ser perfeccionado para ser autor de nuestra salvación y sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.

En el pasaje del versículo 7 al 10 leemos: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.”

Lo primero que tenemos que extraer de aquí es que el Señor no dedicó los días de su carne para pedir al Padre que lo librara de la muerte. Sus ruegos, súplicas y clamores no tenían ese objetivo. Si miramos atentamente el pasaje completo, veremos que hacía oración con clamor y lágrimas en medio de sus propios padecimientos, para llegar a ser autor de nuestra salvación y sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. (Vea que la línea de pensamiento que hay hasta el versículo 6, y que más adelante se une al 10, se refiere al sacerdocio).

Si el Señor hubiese estado pidiendo ser librado de la muerte ¿cómo iba a llegar a ser el Cordero de Dios y salvar así al mundo? Resultaría contradictorio con el propósito de su venida. El sabía que venía a morir. El decía: “De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¿cómo me angustio hasta que se cumpla!” (Luc.12:50). Y ese bautismo era su muerte en la cruz. El sabía que venía a dar su vida en rescate por muchos. (Mat.20:28). Además, el hecho de que diga que “fue oído a causa de su temor reverente” indica claramente que la oración fue contestada, ¡si hubiese estado pidiendo ser librado de la muerte, esa oración contestada habría significado precisamente

ser librado de la muerte! En cambio, su clamor se ofrecía para llegar a ser un eficaz Salvador y Sumo sacerdote, clamor que fue contestado, ¡porque llegó a ser ambas cosas perfectamente!

Sin duda, sus madrugadas en oración y sus largas vigiliadas no tenían por objeto un beneficio personal. ¡Lejos esté de nosotros llegar a pensar tan mezquinamente de nuestro bendito Señor, que se dio por nosotros, y que no vino para ser servido, sino para servir! Sus desvelos no buscaban un estrecho fin, sino el llegar a consumir una obra perfecta de salvación para los hombres. El no quería fallar en su misión. (Ay, al hablar así hablamos como en locura. Hablamos como si Él no hubiese sido perfecto Dios, y por tanto, irreprochable. ¡Es que llegó a ser tan perfectamente hombre –semejante a nosotros en todo– como si no hubiese sido Dios!). En su debilidad como hombre, Él agonizaba cada día en oración para que nada impidiera el cumplimiento de su sagrada misión.

Y si en Getsemaní (aquella “prensa de aceite”) su debilidad extrema pudo hacerle exclamar: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa ...”, rápidamente recupera su fortaleza en Dios para decir: “... Pero no sea como yo quiero, sino como tú.” (Mateo 26:39). Esta fue, sin duda, una ocasión única de agonía suprema –previa a la cruz–, porque en ninguna otra ocasión se nos dice que haya sido su sudor “como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:44).

Él vino a salvar a los hombres que estaban en tinieblas, y por ellos oraba. También sus discípulos ocupaban su atención en esas continuas oraciones en la intimidad con el Padre. Su mente y corazón tenían una sola meta; uno sólo era el propósito de su venida, y no descansaría hasta cumplirlo. (Juan 9:4).

La plenitud de Dios

Ser como Cristo es la máxima aspiración de todo cristiano. Esto se alcanza, no mediante un proceso de imitación, sino de transformación en su misma imagen. (2 Cor.3:18). Cristo en los días de su carne fue y vivió de manera tal que nos muestra cómo hemos de ser y vivir nosotros en este mundo.

La plenitud de Dios es el amor, pero no el amor platónico, romántico, a la manera de la carne y la sangre, sino a la manera de Dios: “Como Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.” (Efesios 5:2). Es el amor que se derrama en la oración intercesora con “ruegos, y súplicas con gran clamor y lágrimas”. Es la intercesión con el auxilio del Espíritu Santo, quien, dentro de nosotros y con nosotros, “intercede ... con gemidos indecibles.”

(Rom.8:26).

La plenitud de Dios no es alcanzar la cima del poder para la realización de portentosos milagros. Es algo más profundo que eso. Es la manifestación del amor de Dios en la intercesión de los santos a favor de otros, y ser así llenos de la plenitud de Dios (Efesios 3:19).

En Apocalipsis, donde las cosas alcanzan su consumación, somos hallados reyes y sacerdotes. Hoy somos, por decirlo así, más sacerdotes que reyes; mañana seremos más reyes que sacerdotes. Hoy tenemos las rodillas para interceder, mañana tendremos una corona para reinar.

La forma de ser de Dios

Cuando miramos a Jesús en los días de su carne, lo vemos, o bien buscando cómo honrar al Padre, o bien cómo favorecer a los hombres. Nunca lo hallamos preocupado por Sí mismo.

Cuando miramos al Padre, lo encontramos siempre ocupado en glorificar a su Hijo, cediéndole a Él todas las cosas y buscando su preeminencia. Dio al Hijo la autoridad para efectuar todo juicio, le dio el tener vida en Sí mismo, y lo constituyó heredero de todo. Cuando introduce a su Hijo al mundo ordena a los ángeles que le adoren (Hebreos 1:6); y a los tres apóstoles en el monte de la transfiguración que le oigan a Él (no a Moisés ni a Elías; Mateo 17:5). Y, sobre todo, el Padre muestra su perfecta complacencia en su Hijo. El Padre ha decretado que todo el que quiera honrarle a Él debe honrar al Hijo, que quien se quiera acercar a Él debe hacerlo por medio del Hijo.

Por su parte, cuando miramos al Espíritu Santo, lo vemos ocupado en glorificar al Hijo, en dar testimonio de Él y en revelarlo a Él. Nada hace el Espíritu Santo para sí mismo.

De manera que, al interior de la Deidad, las cosas son muy nobles y santas. Cada uno busca favorecer a Otro. Podemos decir aun más, la forma de ser de la Deidad es buscar el bien del Otro. No hay en la Deidad rivalidad, ni egolatría; tampoco hay celos o contiendas. No hay ensimismamiento ni ninguna forma de vanidad. Cada una de las tres benditas Personas se derrama en amor por las Otras, en el orden y los propósitos que la misma Deidad, en ese amor perfecto, ha establecido.

En Filipenses hallamos algunas muestras de esta perfección divina. La hallamos, por ejemplo, en Pablo cuando pospone su deseo de partir y estar con Cristo, confiando en que se quedará en la carne un poco más por causa del provecho y gozo de la fe de los creyentes que aún le necesitan. (1:21-25). Y lo hallamos, sobre todo, en el Señor Jesús, cuando se des-

(Continúa en la página 30)



DIOS BUSCA INTERCESORES

Dios no está contento con la apostasía de la cristiandad y la maldad del mundo. Sin embargo, a muchos cristianos el dolor de Dios les resulta indiferente. Al igual que ayer, en tiempos de los profetas de Israel, hoy Dios sigue clamando por hombres que se pongan en la brecha delante de Él, a favor de los hombres.

Hay una urgente necesidad de Dios hoy en día sobre la tierra: Dios necesita intercesores.

Dos pasajes de los profetas grafican exactamente esta necesidad de Dios.

“El pueblo de la tierra usaba de opresión y cometía robo, al afligido y menesteroso hacía violencia, y al extranjero oprimía sin derecho. *Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé.* Por tanto, derramé sobre ellos mi ira.” (Ezequiel 22:29-31 a)

“Y el derecho se retiró, y la justicia se puso lejos; porque la verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir. Y la verdad fue detenida, y el que se apartó del mal fue puesto en prisión; y lo vio Jehová, y desagradó a sus ojos, porque pereció el derecho. *Y vio que no había hombre, y se maravilló que no hubiera quien se interpusiese ...*” (Isaías 59:14-16 a).

La situación actual es similar a la de Israel en tiempos de estos profetas. La maldad imperaba, la justicia y la verdad eran permanentemente burladas. ¿Qué necesita Dios en tiempos como estos? Hombres que se pongan delante de Dios a favor de los hombres para interceder por ellos.

El ministerio sacerdotal

Todo sacerdote es tomado de entre los hombres y constituido *a favor de los hombres* en lo que a Dios se refiere. En esto coinciden tanto Ezequiel (22:30) como Hebreos (5:1). Ezequiel dice: *“a favor de la tierra”*, en tanto Hebreos dice: *“a favor de los hombres”*.

De los pasajes citados, podemos deducir que los sacerdotes de Dios de hoy precisan conocer tres cosas para realizar su ministerio:

1. El estado de la cristiandad y del mundo actual.
2. La apostasía de la cristiandad y el pe-

cado del mundo necesariamente acarrearán juicio de Dios sobre ellos.

3. Que Dios espera que sus hijos intercedan, llenos de compasión, por la cristiandad y por el mundo.

Hay una verdad que subyace a todo lo anterior, y es que Dios ama al mundo. Los hombres sumidos en el pecado y la apostasía no alegran el corazón de Dios. Sus criaturas deberían tener un mejor destino que el que ellas se han procurado para sí mismos. ¿Quién conoce el dolor de Dios? ¿Quién es capaz de sentirlo y compartirlo?

Muchos hijos de Dios están muy conformes con ser ellos salvos, y con que los demás se pierdan. La triste suerte de los demás les tiene sin cuidado. Sus hijos están bien, su casa es cómoda; disfrutan de un buen trabajo. Sobre todo, disfrutan de la paz y del amor de Dios, y de la compañía y el afecto de sus hermanos. Todo está bien. El mundo (mejor, su mundo) marcha como debiera, ¿a qué preocuparse?

La ira de Dios no justifica la ira de los hijos de Dios

Cuando Dios está enojado con la humanidad rebelde, no espera que sus hijos se enojen también. Antes bien, Dios ve con buenos ojos que ellos se interpongan a favor de los hombres. No son los “Hijos del trueno” (Marcos 3:17; Lucas 9:52-56) lo que son aprobados por Dios, sino los que, llenos de compasión, interceden por ellos.

Cuando Juan y Jacobo quisieron hacer llover fuego del cielo sobre la aldea samaritana, el Señor les dijo: *“Vosotros no sabéis de qué espíritu sois.”* Sólo un espíritu extraño puede desear la destrucción de las gentes. La actitud de estos discípulos se alinea con la gran obra del diablo en este tiempo: acusar a los hijos de Dios. (Apocalipsis 12:10). El que acusa a los hijos de Dios es pariente cercano del quiere hacer llover fuego del cielo sobre los hombres.

En tiempos de Abraham, Dios tenía deci-

dido destruir a Sodoma y a Gomorra. Su santidad había sido ofendida de tal manera que Él no podía tolerar más el pecado. La maldad de los hombres habían excedido todo punto de tolerancia. Entonces, Dios decide raer a esas ciudades de sobre la faz de la tierra.

Sin embargo, antes de hacerlo, Dios visita a Abraham, y le notifica lo que piensa hacer. Entonces Abraham, que conocía a Dios de verdad, intercede a favor de esas ciudades. Y la base de su argumentación es el carácter justo de Dios: *“Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo tratado como el impío; nunca tal hagas. El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?”* (Gén.18:25). Podían morir todos los habitantes de Sodoma y Gomorra, pero, por la intercesión de Abraham, estaba claro que ningún justo podía morir confundido entre los impíos. Por eso, Abraham fue llamado “amigo de Dios”.

En tiempos de Moisés, Dios quiso destruir en más de una ocasión al pueblo de Israel en el desierto; sin embargo, *Moisés estaba allí para impedirlo.* (Exodo 32:31-32; Números 14: 11-20; 16:20-22; 44-48). Aunque esta expresión (en cursiva) parezca irreverente, es exacta. Dios mismo se suscitó a un Moisés para detener su propia ira. ¿No es maravilloso cómo el hombre puede colaborar con Dios, y cómo su voz y su acción son importantes para Dios?

Así también es hoy. Dios busca urgentemente hombres y mujeres que quieran ponerse en el vallado y hacer oír su voz delante del trono de Dios, para que los juicios de Dios se detengan todavía, y los hombres procedan al arrepentimiento.

La intercesión de Daniel y la reconstrucción del templo

Daniel vivió en tiempos del cautiverio babilónico. Sin patria, sin libertad, sin templo. ¿No es eso la miseria misma para un judío?

Sin embargo, aun estando en Babilonia, Daniel desempeñó el noble oficio de sacerdo-

te a favor del pueblo cautivo. El capítulo 9 de su libro nos muestra a Daniel intercediendo por su nación.

Cuando Daniel leyó la profecía de Jeremías (9:2) se dio cuenta de que era el tiempo de que el cautiverio terminase; entonces, sabiendo cuál era la voluntad de Dios, volvió su rostro a Dios el Señor *"buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza."* (9:3). Su ruego comienza con una confesión del pecado de Israel (9:4), y concluye con una apelación a las misericordias de Dios (9:18). Su oración nos muestra a Daniel perfectamente identificado con el pecado del pueblo. La confesión no es por el pecado *"de ellos"*, sino por *"nuestra confusión de rostro"*, como dice el profeta, en una primera persona plural en la cual él mismo está incluido.

Daniel era muy joven cuando fue llevado cautivo, y seguramente él no tenía mucho que ver con los pecados que gatillaron la cautividad. Sin embargo, él ahora, ya viejo, habla a nombre de toda la nación, ofreciendo contundentes argumentos delante de Dios a favor de todos. Su corazón misericordioso y quebrantado se derrama delante de Dios en un ofrenda de súplicas que Dios no puede desoír. (Esto ocurre en el año primero de Darío - Dan.9:1)

Al año siguiente, Dios le envió su palabra a Hageo (Hag.1:1) para que hablara al pueblo, y emprendieran la reconstrucción del templo en Jerusalén. Esto provocó que Dios despertara también el espíritu de muchos otros (entre ellos Zorobabel y Josué). (Hag.1:14).

¡He aquí un modelo de intercesión y sus frutos inmediatos y gloriosos!

Nuestro llamado al sacerdocio

Mientras un sacerdote de Dios busca favorecer a los hombres, Satanás los acusa delante de Dios. Sus oficios son totalmente opuestos, y ellos merecen una distinta sanción de parte de Dios. Siendo tan diferentes, no obstante, muchos hijos de Dios parecen no discernir claramente la diferencia.

Muchos desempeñan el oficio de *acusadores*, antes que el de *intercesores*. Y al hacerlo así se alinean con Satanás, el padre de toda mentira, y se ponen en la línea de los que serán juzgados por Dios. ¡Qué pérdida!

Por eso, el llamado hoy para los cristianos es dejar de lado aquellas pequeñas cosas en que nuestros hermanos nos han ofendido, a dejar de mirar la paja en el ojo ajeno, para llenarnos, en cambio de compasión y misericordia y elevar oraciones a Dios a favor de ellos. La boca que se llena de juicios hacia su hermano se secará y no podrá concebir palabras para bendecir a Dios; en cambio, la boca que se llena de bendición, será ella misma bendita de Dios.

¡Cuánta palabra se pronuncia y se escribe sólo para enjuiciar, para acusar y para justificarse a sí mismos los que las dicen! Dios clama hoy, lo mismo que ayer, por hombres que hagan vallado, que se pongan en la brecha delante de Él, a favor de los hombres. ¡Que Dios no se llene de estupor hoy, por no hallar quién se interponga a favor de los hombres!

Tú y yo, amado hijo de Dios, tenemos la palabra.



Intercesión

- Colócame, Señor, las vestiduras
- Del sacerdocio intercesor de Cristo.
- Colócame el vestido de tu gracia
- Que atraiga a los hombres a tu reino.
- Colócame, Señor, en tu trinchera;
- Equipame para el rescate eterno.
- Colócame en la brecha donde pueda
- Mecer el incensario que suplica.
- Soy fruto de tu propio sufrimiento:
- Respuesta a la oración de otros creyentes.
- Hoy tomo la vanguardia como siervo
- Haciendo intercesión por muchos otros.
- Colócame, Señor, en tu milicia.
- Que asuma el sacerdocio como Cristo.
- Desprecie yo mi propio beneficio.
- ¡Colócame, Señor, tu vestimenta!
- ¡Ayúdame en la intercesión que apaga
- el fuego de tu ira venidera!
- ¡Colócame palabras como aquellas
- que Cristo pronunció para salvarnos!

Claudio Ramírez L

QUEBRADO DE AMBOS LADOS

Cierta vez el evangelista Samuel Jones recibió de regalo algunos potros monteses, sin amansar. El evangelista, que no los necesitaba, los vendió todos, menos uno, que guardó para que lo montara su hijo. Mandó llamar a un domador y le preguntó:

—¿Cuánto me cobra usted por quebrar este potro? Lo quiero bien amansado para que pueda montarlo mi hijo.

—Quince dólares – respondió el amansador

—Muy bien – dijo el evangelista – lléveselo usted y no me lo traiga hasta que esté amansado.

Algunos días después, el amansador condujo al potrillo a la casa de su dueño. Éste le preguntó al amansador:

—¿Está bien amansado, quebrado y domado? ¿Cree usted que mi hijo podrá montarlo sin correr peligro alguno?

—Sí, señor – replicó el hombre –, su hijo podrá montarlo e ir donde quiera montado en él.

—¿Lo puede montar por cualquiera de los dos lados? – preguntó Samuel Jones.

El amansador respondió, sonriéndose:

—No vaya a hacer tal cosa; este potro no se deja montar, ni tocar siquiera por el lado izquierdo, pues está acostumbrado a que se le monte subiendo únicamente por el lado derecho.

—Así no lo quiero – dijo el evangelista –. ¿Cuánto me cobraría usted por amansarlo de tal modo que se le pueda montar por cualquiera de los dos lados?

—Quince dólares – replicó el amansador.

—Muy bien, lléveselo usted, doméstíquelo de tal modo que se le pueda montar subiendo por cualquiera de los dos lados –dijo el evangelista.

Pocos días después, el amansador volvió a llevar el potrillo a la casa del evangelista, y le dijo:

—Ahora pueden montarlo por cualquiera de los dos lados sin correr riesgo alguno.

—¿Ha sido quebrado de ambos lados? – preguntó el evangelista.

—Sí, señor – respondió el amansador –, no tiene usted nada que temer, está bien quebrado de ambos lados.

¿Comprende usted lo que quiero decir? Ni usted ni yo podemos servir a Dios mientras no seamos bien quebrados como lo fue el potrillo. Antes de poder ser útiles es necesario que se nos quebrante. Podemos tener talento, haber recibido buena educación, tal vez contemos con muy buena experiencia y seamos de cautivadora apariencia, pero mientras querramos seguir nuestras propias inclinaciones, mientras no hayamos sido quebrados, seremos inútiles para Dios."

Oswald Smith, en *La investidura del poder*

LA ORACIÓN INTERCESORA

(Lucas 11:1-13; 18:1,6-8)

La oración que mejor refleja la forma de ser de Dios y de sus amados es la oración intercesora. Es la oración por excelencia del Sumo Sacerdote que tenemos en el cielo, y de los sacerdotes-reyes que están sobre la tierra. Tomando como base la parábola del amigo inoportuno, se desarrollan aquí las condiciones y recursos que tenemos para ejercitarnos en ella.

Existen requisitos para realizar una oración eficaz; y estos son algunos: Tener fe, orar en Su Nombre, orar en su voluntad, la seguridad de ser escuchado por Dios, importunidad, perseverancia, y ser llenos del Espíritu Santo. Todas estas condiciones se resumen en una sola: "...Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis y os será hecho" (Jn.15:7). Si esto no se da, será inútil orar.

Tenga usted en cuenta que no estamos hablando de la oración de un penitente, sino de un creyente maduro, que tiene una trayectoria caminando con Dios, que actúa como sacerdote ubicándose en la brecha entre el Dios Todopoderoso y los hombres necesitados. De este tipo de creyentes que son siervos y colaboradores de Dios, se espera que realicen un trabajo a favor de los intereses de Dios, para lo cual deberán entrar en las obras de Dios a través de la oración intercesora.

Pedir confiados en que recibiremos

¿Cuál es la base de nuestra confianza?
¿Por qué podemos pedir confiados en que recibiremos?

a) Porque somos amigos.

La historia que nos relata Jesús acerca del hombre que va a su amigo a pedir tres panes para atender a su visitante, pese a la importunidad de la hora, conlleva grandes lecciones que han de considerarse y aplicar en la oración eficaz: ¿Qué es lo que da la confianza para pedir a medianoche?. En primer lugar, el hecho de que aquel a quien acude es su amigo. Un amigo no se puede negar: Podemos importunar haciendo uso de la confianza que nos brinda la amistad. No nos atreveríamos a molestar a un desconocido, y si lo hiciéramos, nos sentiríamos muy incómodos, y lo más probable es que nos iría muy mal; pero Dios nos conoce a nosotros, y nosotros a Él.

La amistad con Jesús es también comu-

nión con Él. Esta amistad en comunión se fortalece permaneciendo en Cristo, en su palabra, en su amor y haciendo su voluntad. ¿Quién de los que conocen a Cristo no quiere ser su amigo? En Juan 15:4-14 encontramos cinco "Si ..." que expresan las condiciones de nuestra amistad en comunión con Cristo: "Si permanecéis en mí ..."; "si mis palabras permanecen en vosotros ...", "si guardáis mis mandamientos...", "si me amáis ...", "si hacéis lo que os mando ..." Entonces, si cumplimos estos requisitos, nos promete que recibiremos todo lo que pidamos. No cualquiera puede orar eficazmente. Para tener la osadía de pedir a medianoche es indispensable ser sus amigos. La comunión con Cristo nos da una sólida y vigorosa vida espiritual que nos llena de confianza para elevar nuestras oraciones ante el trono de la gracia de Dios.

Abraham fue llamado "amigo de Dios" ¿Por qué? Porque cuando Dios le habló, Abraham le creyó. Desde entonces, cada vez que Dios se proponía hacer algo se lo comunicaba a su amigo; lo mismo pasó con Isaac y Jacob; después con Moisés y así con cada uno de los que le han servido.

"¿Encubriré yo a Abraham lo que he de hacer?" fue el soliloquio de Dios antes de destruir Sodoma y Gomorra. Entonces, Dios le habló a su amigo y le dijo lo que se proponía hacer. Fue entonces cuando Abraham se puso en la brecha para interceder para que Dios tuviese el castigo. Sabemos que eso no fue posible, pero Abraham reconoció que no había un solo justo en esas ciudades que cambiara el designio de Dios respecto de ellas.

Todo lo que Dios quiere hacer pasa por el corazón de sus amigos, y no hay nada que ellos ignoren, porque el Espíritu Santo sondea lo profundo de Dios y nos lo revela a nuestro espíritu. De esto aprendemos que Dios no actúa arbitrariamente (pudiendo hacerlo porque es Dios), puesto que la esencia de su naturaleza no es individualista sino corporativa. Dios busca la colaboración de sus amigos.

¿Quieres entrar en sus labores? Conságrate en espíritu, alma y cuerpo: "Santificaos,

porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros" (Jos.3:5). La oración precede a toda santificación del espíritu; conéctate con Dios mediante la oración, porque desde la tierra, en conexión con los cielos, se atan y desatan grandes cosas para la humanidad.

Hace poco, un marino chileno nos contó que en un puerto de Corea había una calle llena de prostíbulos. Los hermanos allí se concertaron para orar en diversos puntos de esa calle: ahora no hay un solo prostíbulo en ese lugar. ¡Dios escuchó a sus amigos!

b) Porque nuestro Amigo tiene abundancia.

Podemos acercarnos a Dios, nuestro Amigo, porque sabemos que tiene abundancia. No nos atreveríamos a molestar a un amigo si de antemano sabemos que es pobre. El hecho de saber que nuestro Amigo tiene recursos abundantes, nos aumenta la confianza y la osadía para pedir. Sabemos que si le pedimos cualquier cosa no disminuirémos en nada su riqueza. Él no será menos si da algo, pues Él es el Dueño de todo el universo y de cuanto existe, porque Él lo creó. ¡Tenemos en Dios al Amigo poderoso! ¡Somos amigos de Aquel que todo lo puede y todo lo tiene! "¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia! Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas. Serán completamente saciados de la grosura de tu casa, y tú los abrevarás del torrente de tus delicias. Porque contigo está el manantial de la vida." (Sal.36:7-9).

Asumamos la conciencia de que en el cielo están los recursos espirituales para enfrentar todo el rigor de la existencia en este mundo, y que es nuestra la responsabilidad de bajarlos. Las fuentes del 'hábitat' de Dios están esperando por nosotros, para que, por la oración intercesora, le demos salida desde el cielo hasta la tierra.

¿Ha visto pobreza en la iglesia de Dios? Debe ser porque no hemos orado lo suficiente, o si hemos orado, no reunimos todos los requisitos que se necesitan para hacer una oración eficaz. ¿Anhela usted ver una iglesia

gloriosa, evangelizadora, llena del Espíritu Santo, con hombres firmes que sostengan el testimonio de Dios, con matrimonios estables, con jóvenes comprometidos con el Señor; una iglesia que vence en todos los ambientes: contra la carne, el mundo y Satanás? Todo esto y mucho más es nuestro por la fe. Si no lo tenemos aún, es únicamente por falta de una persistente e importuna oración intercesora. “Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite” (Lc.11:8).

El intercesor eficaz se tomará de las promesas de nuestro amigo Jesús, porque ellas “son apoyo poderoso de la fe. Mientras viva aquí, confiado de su luz, siempre en sus promesas confiaré”. (Versos de un antiguo himno). “¡Todo lo que pidiereis en mi nombre, creed que lo recibiréis!”. Es decir, se espera que demos por hecho lo que pedimos en oración.

No estamos por un cristianismo exitista en lo externo. Las cosas tangibles son propias del ‘hábitat’ terrenal. Nosotros estamos por lo que no se ve, porque lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno. No por esto vamos a decir que Dios no se interesa en nuestros problemas cotidianos; pero esas cosas están dentro de las añadiduras que siguen a los que primeramente buscan el reino de Dios y su justicia. Existe un énfasis triunfalista en algunos sectores del cristianismo que lleva a los creyentes a creer que, como tenemos un Dios rico, no podemos ser pobres. Pobres o ricos, Cristo es suficiente y con Él nada nos ha de faltar. El pobre puede ser inmensamente rico en Cristo; en tanto el rico tal vez no lo sea.

c) Porque pedimos para otros.

“Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante” (Lc.11:5-6). Lo que pide este hombre no es para él, sino para otro. He aquí una de las grandes lecciones de la oración intercesora. Jesús nos enseñó a poner la vida por los amigos. Dijo que nadie tiene más amor que el que pone la vida por los amigos.



Una buena manera de poner la vida por otros, es interceder por ellos. Pedir por las necesidades de otros nos hace participar de la mutualidad propia de la iglesia, pues Jesús nos mandó a orar unos por otros.

Pedir por otros es propio del estilo de vida del Dios trino. En la Deidad existe una forma de vida superior: la vida en comunión, la vida de cuerpo. Cada una de las Personas de la Deidad tiene el mismo poder y autoridad; participan de una misma esencia. Lo que Uno hace, igualmente lo puede hacer el Otro; sin embargo, Uno le da la pasada al Otro considerando al Otro como superior.

En la resurrección de nuestro Señor Jesucristo hubo un despliegue del poder de la Deidad. Jesús dijo que Él tenía poder para poner su vida y para volverla a tomar; también se dice que el Padre levantó a Jesús, sueltos los dolores de la muerte, y lo mismo se dice del Espíritu Santo, que Jesús fue levantado de entre los muertos por el Espíritu Eterno. De modo que de los Tres se da testimonio que tienen el mismo poder. Lo maravilloso es que han vivido eternamente el Uno para el Otro y por el Otro.

Jesús, en los días de su carne, dio testimonio diciendo: “Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí” (Jn.6:57). La vida que vivió Jesús en la tierra no fue suya, sino del Padre. Aunque Él tenía su propia vida, se negó a vivir por ella para vivir la de Otro. Lo mismo se espera de los creyentes ahora: que su vida sea la de Cristo en ellos. Él no vino para hacer su voluntad, sino la del que le envió; es decir, la de Otro, y para otros (nosotros).

Esto mismo es lo que manifestó Pablo al decirnos: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal.2:20). Pablo vivió la vida de Otro (la de Cristo) que a la vez había vivido para otros (en este caso, nosotros los creyentes, incluido Pablo y todos los santos que se han beneficiado con la entrega de la vida de Cristo para otros).

El estilo de vida del cielo

Vivir la vida de Otro para otros es el estilo de vida del cielo, y debe serlo para nosotros acá en la tierra. Esta vida mata la vida egocéntrica de la carne y es la más grande expresión práctica de la cruz de Cristo – de esa bendita cruz de la cual tantos son enemigos, ya que la cruz es enemiga de la carne. La cruz mata el amor propio y hace que amemos a los demás, y aun que los veamos como superiores a nosotros. La tendencia de la carne es levantarse en sí misma. Pero la cruz la perseguirá hasta darle muerte, pues no hay otro fin

para la carne.

La cruz es intrínsecamente parte de la naturaleza de la Deidad. El negarse a sí mismo para darle la pasada al Otro, es el estilo de vida que se ha vivido por la eternidad entre las personas de la Deidad. Ellos actúan corporativamente; están siempre de acuerdo. (El único instante, en toda la eternidad, en que estuvieron separados fue cuando Jesús cargó nuestros pecados. Allí el Padre le abandonó, pues Cristo, en ese momento, estaba cargando con el pecado de toda la humanidad. No fue por causa de ellos que se separaron, sino por nuestros pecados. Jesús murió por nosotros. La resurrección de Jesús es la demostración de que Él no tuvo pecado; pues la muerte sólo afecta a los pecadores; mas Cristo fue levantado, sueltos los dolores de la muerte).

En la intercesión no pensamos en nosotros, sino en los demás. Hay grandes dificultades que vencer; el egoísmo de la carne no nos permite pensar en los otros; pero Dios se las arreglará para llevarnos a un estado de quebrantamiento e impotencia, hasta que se pueda unir nuestra voluntad a la suya; hasta conseguir que aprendamos la vida de iglesia; que es la vida corporativa en Cristo, *¡la vida del cielo aquí en la tierra!*

En la oración intercesora morimos a nosotros mismos para vivir para otros. Es una forma de crucificar el yo. No será nada de fácil, porque Dios sabe cuánto mal nos haría si nos diera todo lo que le pedimos. Somos tan dados a gloriarnos en nuestros logros, que Dios ha dispuesto que la respuesta a la oración intercesora no produzca vanagloria. Para esto se aseguró de llevar los corazones al quebrantamiento antes de responder nuestras oraciones; así, Él es el único digno de ser alabado por sus obras. *¡Si Dios nos vence a nosotros, nosotros podremos vencer con Él!*

Una vez que el intercesor prueba la victoria, se enamorará de ella; luego no escatimará esfuerzos en pro de nuevas conquistas. Buscará, llamará con insistencia, porque sabe que cuenta con la confianza de ser amigo de Dios. Sabe que en su Dios están todos los recursos del cielo, y, por último, sabe que no le viene a pedir para sí sino para otros. ¡Adelante intercesores, el cielo espera vuestras súplicas!

La osadía se basa en la comunión

Lo que da la osadía para pedir es el grado de comunión que tenemos con Dios. Así lo vemos en la experiencia de los intercesores del Antiguo y Nuevo Testamento: Abraham, Moisés, Elías, Pedro, Juan y Pablo, por mencionar algunos. En la vida de cada uno de ellos existía una confianza en el pedir, con la que osadamente comprometían a Dios ante los hombres.

Abraham, por la fe, salió a conquistar ambientes y llegó a ser heredero del mundo. Moisés ordenó a su hermano Aarón que ofreciera expiación por la congregación cuando, a causa de la rebelión de Coré, se había encendido el furor de Jehová contra ellos. Entonces Aarón corrió con el incensario delante de la congregación, se puso en la brecha, en medio de los rayos y de los juicios de Dios que caían sobre la congregación. ¡Qué osadía! Ganarse en la brecha es actuar como pionero, como el que toma el terreno en primer lugar, como el que abre un forado donde no hay pasada, se ubica entre el juicio de Dios y los hombres caídos; intercede por ellos y Dios tiene misericordia a causa de los justos.

Elías se pone en la brecha como conquistador de terrenos, desafía a los profetas de Baal, compromete a Dios ante multitudes. ¡Qué arrojo! Hace actuar los poderes del cielo a fin de vindicar el nombre del verdadero Dios.

Pedro, con Juan, le dijo al paralítico de la Hermosa: "No tengo plata ni oro, pero en el nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda" (Hech.3:6). Pablo, en el naufragio en alta mar comprometió a Dios señalando a la tripulación que no tuviesen temor porque ninguno moriría, y así fue.

En todos estos casos vemos la confianza en el pedir, pero sobre todo está la relación que estos hombres tenían con Dios. Dios les

había llamado, les había confiado sus propósitos, había hecho compromiso con ellos, dándoles promesas; todo esto está en la base de la confianza.

Con nosotros Dios también ha hecho grandes cosas. Se ha dignado revelarnos su palabra para nuestro tiempo, ha ido perfeccionando la imagen de su Hijo en nosotros; nos ha quitado el amor propio, y nos ha hecho llorar por nuestra pobreza espiritual. Creemos que estamos en condiciones que Él pueda confiarnos algunas cosas más. Que así sea. Dios nos guarde y nos bendiga.

(Viene de la página 11)

bol. Cada surco es objeto de la mirada atenta de Dios. (Deut.11:12). ¡Oh, de verdad, Cristo es precioso! Con razón, el salmista podía decir: *"Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; Tú sustentas mi suerte. Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos; es hermosa la heredad que me ha tocado"* (Salmo 16:5-6).

Pablo decía: *"En quien (en Cristo) están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento."* (Col.2:3). Cristo es la Buena Tierra que esconde tesoros.

Israel no conquistó, por pereza o por cobardía, toda la tierra que Dios le dio. ¿Haremos lo mismo nosotros? Cada vericueto, cada brizna de hierba, cada metro cuadrado (por decirlo así) esconde algún tesoro que espera por nosotros. Ellos no están a la vista, para que no los hollen los cerdos. ¡Ellos están escondidos, pero no tanto como para que tú no los puedas hallar, si lo pides al Padre! Cristo

es la Belleza suma, es el Don de Dios, precioso y perfecto.

Más que el Edén de Adán, más que el Canaán de Israel (las cuales son sólo figura y sombra) es el Cristo de Dios para aquellos a quienes ha sido revelado. Así que, ¡Adelante, cristianos! ¡A conquistar la Tierra!

A cada cristiano le es dada una porción de Cristo. Ningún cristiano particular puede conocerle y disfrutarle enteramente. Tampoco puede expresarle completamente. Una porción es suficiente para el regocijo de cada uno. Pero al juntarnos todos en amor y al compartir lo que de Cristo hemos recibido, vemos a Cristo completo, expresando todas sus inefables gracias en el cuerpo que es la iglesia. ¡Entonces, toda la heredad viene a ser nuestra!

En Canaán, en Cristo, está el reposo del cristiano. Está el reposo de sus enemigos, y de Amalec, que es, por fin, destruido. (Deut.25:19). Es también el reposo de las obras de la Ley. La carne y sus obras quedan

atrás. Ahora entramos al régimen del Espíritu.

En Cristo está la plenitud y la riqueza suma. En Cristo, y sólo en Él está la perfección – todo en Él es deleitoso. En Cristo somos hallados perfectos. *¡Nada menos que eso ha preparado Dios para los que le aman!*



Cómo Dios usa la adversidad

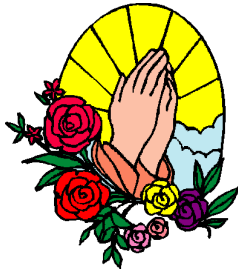
"Si a un perro se le enrolla la correa en un árbol o poste de la luz y continúa corriendo hacia delante, lo único que consigue es atarse cada vez más. Tanto el perro como el dueño persiguen el mismo fin: avanzar, pero el dueño tiene que frenar al perro tirándole en la dirección opuesta a la que él quiere ir. El dueño comparte la misma intención, pero entendiendo mejor que el perro a dónde quiere éste ir, actúa de manera opuesta a la de la voluntad del perro. Es en este sentido que Dios usa la adversidad."

C.S. Lewis, en Cristianismo y nada más

"Vuelve a casa"

"Cuéntase la historia de una joven escocesa que abandonó la casa paterna y se volvió mujer de mal vivir en Glasgow. Su madre la buscó por todas partes, pero sin resultado. Al fin hizo colgar su propio retrato en una de las habitaciones de la casa de "Misiones de Media Noche", donde concurren las mujeres perdidas. Muchas de éstas de paso echaban una ojeada indiferente al retrato; una de ellas se quedó mirándolo; era el mismo rostro querido que había visto inclinarse sobre ella cuando era niña. La madre no había olvidado, ni abandonado a su desgraciada hija; porque si así fuera, su retrato nunca hubiera sido colgado en tal sitio. Parecía que sus labios se abrían y murmuraban: "Ven a casa, yo te perdono y aún te amo." La pobre joven cayó abrumada por la emoción. Ella era la hija pródiga. La vista del retrato de su madre conmovió su corazón, y se arrepintió verdaderamente de sus pecados. Con el corazón triste y avergonzado, volvió al hogar que había abandonado, en el que la madre y la hija se unieron otra vez."

Citado por D.L. Moody en El camino hacia Dios



Siervas

De todos los roles que una mujer de Dios está llamada a desempeñar, el de 'sierva' es uno de los principales.

La cultura predominante hoy en occidente ha revertido la histórica postergación de la mujer en el círculo familiar y social. A ello se han sumado las ideologías feministas, que han intentado reivindicar para la mujer los mismos derechos del hombre. La mujer ejecutiva, audaz, liberal, parece ser el prototipo de la mujer del siglo XXI. Muchas mujeres cristianas –sinceras cristianas–, gracias a su educación y sus talentos, también se inscriben en este nuevo orden. Ellas son inteligentes. Ellas aman al Señor, pero también aman su profesión, y sienten que ambas cosas no son incompatibles.

Sin embargo, sean profesionales exitosas o no, la mujer de Dios tiene un llamamiento que va más allá de las ideologías de moda o de un nuevo orden social. Ellas pueden, sin duda, tener que cumplir un determinado papel en sus importantes trabajos, en sus altos cargos como profesionales; sin embargo, para Dios, en sus hogares, y en medio de la iglesia, ellas son llamadas a ser siervas.

Mujeres de Dios en el Antiguo Testamento

Cuando observamos las mujeres del Antiguo Testamento, qué nobleza de espíritu, qué humildad trasuntan su conducta y sus palabras.

Aquella Ana que llora las humillaciones de su rival, que se postra delante de Dios pidiéndole que no se olvide de su sierva y que le dé un hijo; la misma que responde a Elí con suaves palabras diciendo que no tome a su sierva por una mujer impía, es la típica mujer de Dios del Antiguo Testamento.

También lo es aquella Abigail, esposa de Nabal (el insensato), que acude al encuentro de David para detener la justa ira del guerrero, al que disuade con prudentes palabras. Seis veces se refiere a sí misma como “tu sierva”, y trece veces a David como “señor mío” o “mi señor”. No era la suya, como pudiera pensarse, la actitud rastrera de quien quiere obtener algún beneficio personal, sino la reve-

rencia de la mujer de Dios que sabe con quién está hablando: “Pues Jehová de cierto hará casa estable a mi señor, por cuanto mi señor pelea las batallas de Jehová, y mal no se ha hallado en ti en tus días.” (1 Sam.25:28).

Más adelante, luego que el Señor quitó la vida a Nabal, ella recibe al mensajero de David con estas sabias palabras: “He aquí tu sierva, que será una sierva para lavar los pies de los siervos de mi señor.” (1 Sam.25:41). Abigail había servido por años a Nabal, su anterior y necio marido. Ahora, ella se apresta para servir a los siervos de su nuevo amo: David. Abigail habrá de ser reina (la prudencia convertida en reina), pero ella será, ante todo, una sierva.

Nabal es el antiguo amo que las mujeres de Dios tuvieron en el mundo. Nabal representa a Satanás, el insensato. Ahora, ellas se postran ante su David, que es el Señor Jesucristo, y le dicen: “He aquí tu sierva, que será una sierva para lavar los pies de los siervos de mi señor.” Servir a los siervos del Señor es servirle a Él. (Hebreos 6:10).

Otra sierva de Dios del Antiguo Testamento es aquella sunamita, la hospedadora del profeta Eliseo. Ella tiene ojos ungidos para ver qué clase de hombre es el que pasaba por las afueras de su casa. Ello lo invita a comer y después le prepara un cuarto para hospedarlo. Ella se siente honrada de tenerlo en casa: él es un varón de Dios. Cuando el profeta, buscando bendecirla, le anuncia a su anfitriona estéril que el año que viene, por ese mismo tiempo, abrazará un hijo, ella contesta: “No, señor mío, varón de Dios, no hagas burla de tu sierva.” (2 Reyes 4:16).

La noticia es demasiado hermosa, y teme que sea sólo una ilusión. Sus ojos se han cansado de esperar por el hijo soñado.

Pero lo recibe. Y cuando ya ha crecido y es un niño que puede acompañar a su padre a las labores del campo, enferma y muere.

Entonces, ella acude donde Eliseo, y se postra a sus pies. Por largos momentos no hubo palabras; sólo sollozos. El profeta espe-

ra. Finalmente, ella le dice: “¿Pedí yo hijo a mi señor? ¿No dije yo que no te burlases de mí?” (4:28).

Entonces, la mujer sunamita recibe a su hijo en resurrección. Ella es una mujer de Dios, es la sierva de un siervo de Dios.

“Hijo de tu sierva”

Hay una asombrosa frase en el Salmo 86:16: “Mírame, y ten misericordia de mí; da tu poder a tu siervo, y guarda al hijo de tu sierva.”

El que habla es David, el dulce cantor de Israel, el príncipe de Dios. El ora a Dios pidiendo su misericordia. Entonces, sorpresivamente, incluye en su oración esta frase: “y guarda al hijo de tu sierva.”

Todos sabemos que el padre de David es Isaí, de la tribu de Judá. Sabemos el nombre de sus hermanos: Eliab, Abinadab, Simea, Natanael, Radai, Ozem, y de sus hermanas: Sarvia y Abigail (1 Crón.2:13-15). Pero nada sabemos de su madre. Ni siquiera su nombre.

Sin embargo, aquí en este salmo, cuando David apega su corazón a Dios en busca de socorro, menciona a su madre, y se refiere a ella como “tu sierva”. Él mismo se identifica a sí mismo como “el hijo de tu sierva”. En ese momento de angustia, no se acuerda de su noble progenitor, Isaí, ni de su abuelo Obed, ni de su más noble bisabuelo, Booz. Se acuerda de su madre, sierva de Dios. Aunque el nombre de ella es desconocido para nosotros, y su figura no tiene mayor relieve en las Escrituras, no era así para Dios. Él conoce a los que son suyos, y la vida de esta mujer debió de ser tan ejemplar, como para que David se atreviera a nombrarla delante de Dios en ese momento de aflicción.

Hija, esposa y madre de siervos

Muchas de las mujeres de Dios son hijas, esposas y madres; pero ¿Han reparado en que son sobre todo siervas de Dios? Muchas se esmeran para cumplir muy bien esos importan-

tes roles familiares, y aún también otros en el ámbito social. Para ello se preparan y se capacitan. Pero ¿qué de su rol como siervas? ¿Le están dedicando siquiera algunos minutos a la semana?

Tal vez muchas de nuestras lectoras sean hijas de siervas, hermanas de siervas, esposas de siervos, pero no sean siervas ellas mismas.

Capacitación

La profecía de Joel respecto del derramamiento del Espíritu Santo dice: “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días.” (Joel 2:28-29).

Esta profecía comenzó a cumplirse el día de Pentecostés, en Jerusalén, en el nacimiento de la Iglesia. En su magnífico discurso, el apóstol Pedro cita estas palabras de Joel y dice. “Esto es lo dicho por el profeta Joel”. Y luego cita ‘in extenso’ Joel 2:28-32.

Es interesante notar que tanto en la profecía de Joel, como en la cita que hace Pedro están presentes no sólo “vuestros hijos”, sino también “vuestras hijas”, las cuales han de profetizar; no sólo aparecen “mis siervos”, sino también “mis siervas” como receptoras del Espíritu Santo.

Dios no hace diferencia a la hora de derramar sus dones. Ni diferencia de raza ni de sexo. Aquí tenemos, pues, la capacitación de las siervas de Dios.

Aunque su papel es de menor responsabilidad que el de los varones, no es menos útil. Las siervas de Dios, llenas del Espíritu Santo, pueden y deben prestar un importante servicio en medio del pueblo de Dios. Ellas también han sido capacitadas por el Espíritu de Dios para servir.

¿Qué servicios presta una sierva?

En 1ª Timoteo 5:10 tenemos una lista de acciones de servicio que Dios espera de una sierva: “Que tenga testimonio de buenas obras; si ha criado hijos; si ha practicado la hospitalidad; si ha lavado los pies de los santos; si ha socorrido a los afligidos; si ha practicado toda buena obra.”

Pablo hizo esta lista pensando en los requisitos que debían reunir las mujeres viudas a las que la iglesia debería sostener. Esta lista es, por lo tanto, una lista de méritos.

¿Cuáles son esas acciones meritorias que han de reunir no sólo las mujeres que aspiran a recibir un beneficio en esta vida, sino un premio más allá?

Las buenas obras

Dos veces se mencionan las buenas obras. La primera vez se refiere al testimonio, y la segunda a la práctica. Las prácticas de las buenas obras generará inevitablemente un testimonio en tal sentido. Así como las malas obras no pueden quedar encubiertas, tampoco las buenas obras. Una sierva de Dios será conocida por sus buenas obras.

La crianza de hijos

Referente a las viudas, un requisito importante era que hubiera criado hijos. Para una mujer casada es un asunto importante, y para Dios también. Un poco antes, el apóstol había dicho: “Pero (la mujer) se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia” (1 Timoteo 2:15), lo cual da cuenta de su importancia. Pero, ¿qué de las mujeres solteras, sin hijos?

Ellas, como siervas útiles, aunque no sean madres biológicas, deberían engendrar hijos espirituales, y criarlos. Una creyente soltera puede, con mayor libertad, servir a Dios, y llevar fruto para Dios. “La doncella tiene cuidado de las cosas del Señor, para ser santa así en cuerpo como en espíritu ...” (1ª Cor. 7:34).

La práctica de la hospitalidad

“Si ha practicado la hospitalidad ...” La hospitalidad es una gracia conferida especialmente a las hermanas, porque ellas son las ‘dueñas de casa’. Ellas adornan su hogar con su gentileza, con su delicada atención al huésped cansado. En los tiempos bíblicos, era costumbre que la primera muestra de hospitalidad fuese el lavamiento de los pies. Para un caminante cansado y empolvado por los caminos, era una verdadera delicia ser atendido de esta manera. Hoy, que no tenemos esta necesidad, tenemos otras, tal vez mucho más grandes: La necesidad de afecto, y de un rincón acogedor donde descansar por una noche.

Las casas de hoy son estrechas; las familias se adaptan muy bien a sus casas (o las casas a las familias), y no suele haber un ambiente para huéspedes. Sin embargo, aunque esto incomode, y haya que hacer dormir a algún hijo en el suelo sobre una alfombra o sobre una colchoneta, es necesario volver a la práctica de la hospitalidad, “porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles” (Heb. 13:1).

El lavamiento de pies

“Si ha lavado los pies de los santos ...” Sabemos que el lavamiento de los pies tiene también un significado espiritual. Es el frescor que se nos comunica a nuestro espíritu cuando

somos tocados por algún siervo o sierva que ha estado en la presencia de Dios. Es el frescor del cielo, no a nuestros pies, sino a nuestro ser entero, como un hálito de vida que nos revitaliza, en el apretón de manos, en el abrazo, en la mirada, y aun en el saludo por la calle. El lavamiento de los pies se produce también por la vitalidad espiritual que viene de la oración que las siervas hacen a favor de los siervos, para que ellos reciban fuerzas y aliento en el fragor de la batalla. ¿Cómo no será importante que las siervas de Dios cumplan su ministerio?

El socorro de los afligidos

En nuestra sociedad consumista y materialista, van quedando a la vera del camino los desahuciados por el sistema de libre mercado. Muchos de ellos no pudieron competir, dadas las despiadadas reglas del juego. Fracasaron ellos, y sus hijos están sufriendo las consecuencias. Algunos de ellos están también en el seno de la iglesia. Muchos hijos de Dios sufren de depresiones y de falta de afecto. Muchas de estas afecciones se podrían sanar con sólo poner un poco de bálsamo sobre el alma afligida.

La mujer tiene una sensibilidad natural mayor que la del varón. En las manos de Dios, esa sensibilidad puede rendir hermosos frutos a favor de los santos, en la atención de los heridos por esta vida, de los enfermos, en la de los que sufren, en la atención de los niños desvalidos. ¡Es incontable la gama de acciones que una sierva puede emprender para socorrer a los afligidos!

Sirviendo con los bienes

Hay otro importante servicio que una sierva de Dios puede prestar. En Lucas capítulo 8 se menciona a varias mujeres: María Magdalena, Juana, y Susana; y se agrega: “y otras muchas que le servían de sus bienes.” (v.3). En la comitiva del Señor iban los doce apóstoles, y un grupo importante de otros seguidores. Con ellos iban también numerosas



mujeres que le servían; unas, tal vez, en la preparación de los alimentos; otras, con sus bienes, para atender a sus necesidades.

No fue un privilegio menor el concedido a estas mujeres al poder servir así al Señor. Aunque era dueño de todo, Él no tenía dónde recostar su cabeza. En su pobreza, Él se dejó atender por mujeres, siervas de Dios. Esos bienes puestos a Su servicio tuvieron, sin duda, el mayor rédito. Fue la mejor inversión que esas mujeres hicieron en sus vidas.

Hoy en día, las mujeres de Dios que trabajan tienen a su disposición tanto o más dinero que el necesario para sustentar una familia. Muchas de ellas no participan de la carga de sostener su casa porque sus maridos tienen lo suficiente para hacerlo. ¿Qué inversiones realizan ellas? Tal vez, una buena parte del dinero se derroche en nimiedades, o se malgaste en vanidades: en ese vestido que se usó una sola vez, o en esos zapatos que yacen casi olvidados en el desván, y que pocas veces se usaron. Pequeños o grandes caprichos que se alimentaron con la última moda, mientras la obra de Dios está detenida, o se hace a du-

ras penas. ¡Cuánta mala inversión suele hacerse en las cosas de la tierra! ¡Cuán poca inversión se hace, en cambio, en el Banco del cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen!

¡El peligro de las cristianas en este aspecto es mayor que el de los varones! ¡Amadas siervas de Dios: atended a estas palabras de advertencia!

Criando siervos

Las mujeres del mundo crían hijos e hijas; las siervas de Dios crían siervos y siervas de Dios. Criar hijos lo hace todo el mundo; criar siervos lo pueden hacer sólo las siervas de Dios.

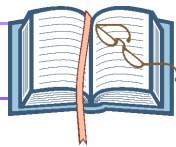
Las mujeres del mundo crían profesionales de la más variada índole, y con las mayores pretensiones pecuniarias posibles; las siervas de Dios crían hijos e hijas para que sirvan a Dios.

Así, mañana podrá haber nuevos Davides que digan a Dios: "Tu siervo, hijo de tu sierva." Y esa sierva será usted, amada hermana, sierva de Dios. Su nombre contará delante de



Dios, porque su herencia de fe habrá sido traspasada a su hijo y a su hija.

Pablo podía decir a Timoteo: "Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras" (2 Tim.3:15). ¿Quién hizo posible que Pablo pudiera decir esas palabras? Una sierva, conocida por Dios, llamada Eunice, y conocida por nosotros como la madre de Timoteo.



PARA MEDITAR

"La fe y la razón son semejantes a las dos divisiones de un reloj de arena; la una puede estar llena solamente cuando la otra está vacía. Es decir, que la fe genuina no tiene nada de pruebas o razón en qué descansar, sino que se basa absolutamente en el testimonio del Señor, y es de menos valor cuando cree solamente por demostraciones claras. Lo que de evidencia o de emoción, pues, entre como prueba, resta otro tanto de la sencillez de la fe y de nuestra plena participación en la bendición."

A. J. Gordon, en *La vida doble*

"Hay algunas personas que, aunque han recibido a Cristo, nunca han alcanzado la madurez espiritual. Han concurrido al templo toda la vida, pero no han llegado a ser cristianos maduros. Todavía son 'niños espirituales' y 'bebés en Cristo'. Conocen muy poco de la Biblia. Tienen pocos deseos de orar, y en la vida diaria muestran muy pocas señales características del cristiano. Decir que se proponen ser mejores, emplear toda su voluntad en cambiar su modo de vivir, es encomiable, pero inútil. Es como si un cadáver dijese: 'Mediante grandes esfuerzos propios, saldré de este ataúd, y seré de nuevo un hombre vivo'. Te hace falta una fuerza que venga de fuera de ti. No podrás vencer los hábitos ni romper las cadenas que te aprisionan. Necesitas ayuda. Necesitas a Cristo."

Billy Graham

"Nosotros los cristianos fallamos al no comprender lo significativos que somos. Nos comportamos como si fuéramos una minoría insignificante que puede apenas mantenerse hasta que el Señor Jesús venga. Yo estoy viendo a la iglesia al final de los tiempos de una forma totalmente diferente. Creo que es un ejército sobremanera grande, y que va a mover las puertas del infierno y proclamará a cada nación de la tierra. Después de esto, que venga el fin."

Derek Prince, en *Entre dos fuegos*

"Cuando nuestra mente está condicionada por el prejuicio o paralizada por los puntos de vista tradicionales, podemos estar confronta-

dos con una verdad bíblica vez tras vez sin que la misma siquiera nos roce. Nuestra inhibición espiritual en lo que concierne a esta verdad nos deja ver pero no percibir. La verdad permanece latente. La asimilamos mentalmente, pero no la aplicamos espiritualmente."

Artuhr Wallis, en *El ayuno escogido por Dios*

"Sufren los malos y los buenos. Sufren los que maldicen y los que confían en Dios. Sólo que el sufrimiento de los primeros es como una herida purulenta: devora, pudre, y, finalmente, mata. Mientras que el sufrimiento de los que confían en Dios es como una herida limpia. Duele, sangra, pero sana. Y con el tiempo apenas quedan cicatrices, o a veces, ni siquiera eso."

Rosalinda Castro, en *"Gethsemaní" N° 21*

"Casi toda la suma de nuestra sabiduría, que de veras se debe tener por verdadera y sólida sabiduría, consiste en dos puntos: a saber, en el conocimiento que el hombre debe tener de Dios, y en el conocimiento que debe tener de sí mismo."

Juan Calvino

"¿Dónde comienza la soberanía de Dios y termina la libertad del hombre? La soberanía de Dios nunca termina. El siempre ha de ser soberano. Y el libre albedrío del hombre comienza donde Dios decide que puede comenzar, y termina donde Dios decide que termine. Dios es Dios. Él pone los límites."

Luis Palau, en *A su manera*

"Todos atravesamos temporadas en las que en nuestra vida no hay destellos luminosos ni un evidente entusiasmo, sino que sólo experimentamos la rutina diaria. La rutina de la vida es en realidad la manera en que Dios nos salva equilibrándonos entre los climas de gran inspiración que provienen de Él. No pretendas que Dios te mantenga constantemente en la cumbre de la inspiración, antes bien, aprende a vivir mediante el poder de Dios en mitad del tedio y aburrimiento de los quehaceres cotidianos."

Oswald Chambers, en *En pos de lo supremo*

¿Cómo puedo mejorar mi rendimiento escolar?

La educación es hoy un deber que tiene que asumir todo joven creyente. Pero en esa tarea no está solo. El Dios de toda sabiduría será su fuente de provisión y de socorro permanente, para comprobar que de Dios es la ciencia y el conocimiento.

Lo primero que debes tener en cuenta, amado joven cristiano, es que Dios está interesado en todo lo que concierne a tu vida. No pienses que la esfera de tus estudios es ajena al Señor, o que a él no le compete, que no le interesa, o que en ella no te puede ayudar.

En la presunción propia de la edad, tú tal vez tiendas a separar a Dios de tus estudios. Tal vez tiendas a circunscribir a Dios a una reunión de iglesia, o a un Retiro de fin de semana. Que Dios no es para el Colegio. Esto es un error. Dios está en todo lugar donde están sus hijos. Así como los adultos le llevan a sus trabajos, tú también le llevas a tu colegio o Universidad.

La sabiduría humana que en esos lugares se despliega no es algo que sorprenda a Dios. ¡Lejos de ser así! La mayor capacidad de hombre es una nada delante de Dios. Albert Einstein, el hombre más inteligente de este último siglo, es como un bebé de pecho para Dios, y sus teorías, tan complejas e indescifrables todavía para el común de las gentes, son apenas unos tímidos balbuceos delante del Creador de todo cuanto existe.

De manera que tienes que ver que Dios está en todo lugar, que está contigo donde quiera que vayas, y que Él quiere ayudarte en

todas aquellas cosas en que tú debes cumplir.

El principio de la sabiduría

Lo primero que ha tener en cuenta el joven cristiano es lo que dice Proverbios 1:7: *“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová.”* Si los jóvenes temen a Dios, entonces tienen en su corazón el principio de la sabiduría. El hombre más necio es aquel que mira hacia arriba y dice: “No hay Dios”. En cambio, porque los creyentes temen a Dios, ellos son verdaderamente sabios.

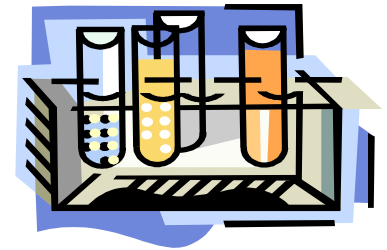
Cuatro jóvenes sabios

Para ejemplificar esto que vamos diciendo, tomaremos el caso de Daniel. Daniel 1:8 dice: *“Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía; pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase a contaminarse”.* Más adelante, en el versículo 16, dice: *“Así, pues, Melsar se llevaba la porción de la comida de ellos y el vino que habían de beber, y les daba legumbres. A estos cuatro muchachos Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños”.* Cuando los llevaron al rey, éste los halló mejores que los demás: *“En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo el reino”* (v.20).

¿Qué vemos aquí? El ejemplo de Daniel nos ayuda a mejorar los niveles de nuestra inteligencia y de nuestra sabiduría en Dios.

Consagración

Lo primero, Daniel hizo un acto de consagración. Él no quiso contaminarse con el mundo, ni con la comida del rey ni con el vino. Él no quiso alegrarse con lo que, delante de Dios, era aborrecible. Luego, Dios vio eso – porque todo acto de consagración que tú hagas Dios lo ve– y lo tomó en cuenta. ¿Qué



ocurrió como consecuencia? A estos muchachos Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias.

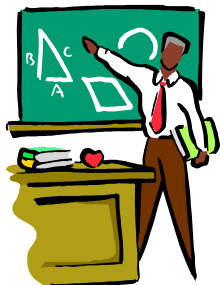
¿Dios sabe de Física? ¿Dios sabe de Química? ¿Dios sabe de Biología? ¡Sí! Dios conoce todo. Aun conoce los intrincados vericuetos de la más avanzada ciencia. Dios le dio la inteligencia al hombre, ¿cómo no sabrá Él mismo todas las cosas?

Yo te invito a que hagas esto: Cuando tengas problemas en una asignatura, dile al Señor: “Señor, tú conoces este asunto de Álgebra, tú conoces esto (pon ahí todo lo que quieras). Señor, tú lo conoces mejor que mi profesor, por favor, enséñame esto.” ¿Lo has hecho? Si lo has hecho, entonces lo has podido comprobar. ¿Verdad? El Señor lo sabe, y el Señor te da la sabiduría.

La respuesta de Dios

En este pasaje de Daniel se dice que el Señor les dio a estos muchachos conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias. No sólo en las cosas espirituales, ¿te fijas?. Las cosas que se enseñaban en Babilonia eran cosas humanas: *“letras y ciencias”*. Allí estaban presentes las dos grandes áreas del conocimiento humano. En Babilonia había un gran desarrollo en ese tiempo. Tú sabes que una de las consideradas “maravillas del mundo”, los jardines colgantes, fueron creados allí en Babilonia. De tal manera que no eran gentes ignorantes, y, sin embargo, Daniel llegó a ser el mejor entre ellos. ¿Por qué razón? Porque él se consagró a Dios, él decidió no contaminarse.





¿Quieres ser un buen alumno? ¿Quieres tener un buen rendimiento? Yo te digo: más allá de tu supuesta falta de capacidad en ciertas materias ¡el Señor es capaz de enseñarte, y de sacarte adelante!

Por supuesto, eso no significa que tú te vas a poner relajado y flojo, y vas a decir: “No me preocupo, porque el Señor me va a ayudar”. No. Tú debes ser responsable. Dios te dio inteligencia, y *Él no hará aquello que tú tienes que hacer, y que puedes hacer*. Ahora bien, si tú estás sirviendo al Señor, y si por visitar a un hermano o por participar en las actividades de la Iglesia, por hacer algo que el Señor te demanda a ti en lo espiritual, tú perfectamente puedes decirle al Señor: “Señor, lo que hiciste con Daniel, por favor, hazlo también conmigo”. No alcancé a estudiar lo suficiente, pero creo que tú me puedes socorrer en esto. Hazlo, Señor.”

Perder para ganar

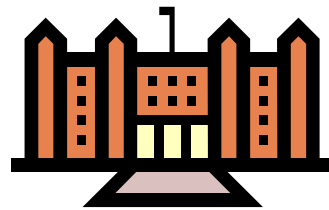
En otra oportunidad, les hemos dicho a algunos hermanos jóvenes: “Si tú quieres servir al Señor, tú tienes que estar dispuesto (sobre todo si has sido tradicionalmente buen alumno, si estás acostumbrado a sacarte las mejores calificaciones), si tú amas al Señor, tú vas a tener que estar dispuesto, a veces, a aceptar una calificación inferior, porque el Señor es más importante. Y si el Señor en algún momento te prueba en esto, y te dice: “¿Hasta dónde valgo yo para ti? ¿qué es más importante para ti?” Y entonces, cuando estés en la disyuntiva, elige correctamente, ¡elige a favor del Señor! Tal vez ya no debas aspirar a ser el mejor alumno de la clase, pero ¿sabes?, vas a tener el gozo en el corazón de agradar al Señor y de que el Señor esté contento contigo.

Algunas cosas prácticas

Para mejorar tu rendimiento escolar es preciso, también, que tú consideres algunas cosas prácticas.

Es necesario que tú tengas un lugar apartado, privado, para estudiar. Tú no puedes estudiar en la mesa de la cocina, donde está la mamá preparando la comida, y suele haber música y distracciones: es necesario apartarse.

Es bueno también tener también un horario diario para el estudio, una hora, media



hora o lo que sea, según la necesidad.

Es necesario también que tú estudies con otros. En Proverbios 27:17 dice: “*Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo*”. ¿Qué significa este extraño versículo? Podemos decir simplemente esto: que cuando hay dos personas, las cosas se hacen mejor, y uno a otro se ayudan. En el estudio, es importante estudiar de a dos o de a tres, sobre todo en la Universidad. Tú no puedes aislarte y decir: “Yo lo puedo hacer solo”. Es necesario también reconocer que entre varios se pueden conocer mejor las cosas y cuando hay varios, todos pueden hacer su aporte. En fin, hay un mayor avance.

Dios quiere que tú seas un buen estudiante, responsable e inteligente. Para ello, tú no estás solo, para que no desmerezcas tu condición de hijo de Dios (si no eres muy aventajado), y para que tampoco te dejes cautivar por el oropel del conocimiento humano (si eres un buen estudiante). Para que en todo el Señor Jesucristo sea glorificado en tu vida. En toda tu vida. Amén.



Te busca para salvarte

«Hace algún tiempo los periódicos publicaron la historia de un joven llamado Guillermo, quien estaba huyendo de la policía. El adolescente se había escapado con su novia porque los padres querían separarlos. Lo que Guillermo no sabía era que la enfermedad por la que había ido a ver al médico días antes de su huida, había sido diagnosticada, poco después de haber desaparecido, como cáncer.

Guillermo estaba haciendo todo lo posible para huir de la policía por miedo de perder su amor, mientras que la policía hacía todo lo posible por encontrarlo para que no perdiera su vida. El pensaba que ellos lo estaban buscando para castigarlo, pero realmente lo buscaban para salvarlo.

Guillermo representa a cada hombre cuya culpa le dice que Dios lo sigue para arreglar cuentas en esta vida y torturarlo para siempre.»

Howard G. Hendricks, en *Dilo con amor*

También mi vida

«Un joven noruego llamado Peter Torjesen, a la edad de diecisiete años se sintió tan tocado en su corazón por el reto de dar para la obra misionera, que puso en la ofrenda todo lo que tenía en su cartera, y después de pensarlo brevemente echó también un pedazo de papel en el cual decía: ‘Og mi liv’ (y mi vida). Resulta significativo que el joven Torjesen tuvo después una fructífera vida como misionero en la China.»

R.Kent Hughes, en *Disciplinas de un hombre piadoso*



“Escudriñad las Escrituras, porque ellas dan testimonio de mí”

“La Biblia es un gran libro, una obra monumental. En el transcurso de nuestra vida sólo llegamos a tocar una pequeña parte de sus riquezas. Es imposible que una persona la entienda si no dedica un tiempo prudencial a estudiarla. Los creyentes jóvenes deben laborar en la Palabra de Dios para que cuando crezcan puedan recibir la nutrición que ella proporciona y abastecer a otros con las riquezas que ella contiene.

Todo aquel que quiera conocer a Dios debe estudiar Su Palabra con seriedad; todos los creyentes deben comprender la importancia de leer la Biblia desde el comienzo de su vida cristiana.”

Watchman Nee, en La lectura de la Biblia

“La Biblia no es un libro de teología sistemática que tabula lo que tenemos que creer. Es un libro de biografías que muestra cómo personas muy sencillas a través de los siglos han aprendido a caminar en la fortaleza de Dios para vencer sus problemas. Al contar sus historias, el Espíritu Santo no oculta nada. Él muestra cómo ellos descubrieron la realidad de Dios en las prisiones de sus fracasos personales.”

Malcolm Smith, en Agotamiento Espiritual

Apuntes a la lectura del Nuevo Testamento

Lo que significa confesar y negar a Cristo.

En Mateo 10:32-33 dice: “A cualquiera, pues, que me confiese (omologései) delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue (arnésetai) delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.”

“El griego (omologéo) significa, etimológicamente, *decir lo mismo que ...* La preposición griega *en* señala el objeto (Cristo) sobre el que hay que estar de acuerdo “con Dios” en el testimonio que ha dado respecto de su Hijo. (1ª Juan 5:10). En tanto, la forma verbal arnésetai “es un aoristo constativo, que no se refiere a un momento de debilidad (como el de Pedro), sino a un estilo de vida (ver 2 Tim.2:12), por el que alguien prefiere no aparecer asociado con Cristo.” (Lacueva: Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español).

La confusión de Juan el Bautista (Mateo 11:1-6)

Juan el Bautista no distinguía claramente los tiempos implícitos en Isaías 61:2, el tiempo de la gracia y el de los juicios. Por eso pregunta si el Señor es el Cristo que había de venir. El Señor le envía respuesta citando Isaías 35:5-6 y 61:1. No era aún el tiempo de que se cumpliera la segunda parte de Isaías 61:2, que es lo que Juan tiene en cuenta cuando dice Mateo 3:12. Por causa de su bondad, de su misericordia, podían decepcionarse del Señor Jesús (“hallar tropiezo”). Y es que el ejercer poder y juicio puede satisfacer lo que el hombre estima como señal de autoridad, pero no es así en el día de la gracia.

No estás lejos del reino de Dios (Marcos 12:28-34).

El escriba tenía la doctrina correcta, pero no tenía al Señor. El Cristo estaba delante de sus ojos, pero no podía verlo. Su conocimiento le hacía un maestro de la ley, pero para entrar al reino es preciso tener al Señor del reino.

Otro caso similar es el de Gamaliel, quien tenía mucha sabiduría según la ley, pero no tenía el discernimiento suficiente para reconocer la obra que Dios estaba realizando delante de sus ojos. Se puede estar muy cerca del reino, pero no necesariamente adentro.

DIECISIETE PREGUNTAS SOBRE LA VIDA DE

JOSÉ

1. ¿Quiénes fueron sus padres?
2. ¿Qué tristes circunstancias rodeaban la vida de Raquel antes de nacer José?
3. A la luz de Gén.37:2-8, hubo 3 factores que acarrearón sobre José la ira de sus hermanos. ¿Cuáles son?
4. La actitud de los hermanos hacia José es semejante a la de los labradores de la parábola (Mat.21:18-20). Cite las expresiones que lo demuestran.
5. ¿Cuál fue la venganza de los hermanos con respecto a José?
6. ¿Cómo pudo José vencer la tentación? (Gén.39:9).
7. ¿De qué manera se produjo el ascenso de José desde la cárcel al trono de Egipto?
8. ¿Qué hecho demuestra la sabiduría de José como gobernador de Egipto?
9. ¿Qué hecho obligó a los hijos de Israel a llevar a Benjamín a Egipto?
10. ¿En qué momento José se da a conocer a sus hermanos?
11. ¿Qué hecho convenció a Jacob de que lo que sus hijos decían de José era verdad?
12. ¿De qué modo José honró a su padre?
13. Lo que se dice de José en Gén.49:22-26 es aplicable también al Señor Jesucristo, en cuanto a sus sufrimientos y su victoria. Mencione 3 aspectos coincidentes.
14. José es el más perfecto tipo de Cristo en el Antiguo Testamento. Junto a cada definición ponga la cita que demuestre la equivalencia respecto del Señor Jesús.
 - Fue llevado a Egipto
 - Amado por su padre
 - Enviado a sus hermanos
 - Sus hermanos tramaron contra él
 - Fue severamente tentado
 - Vendido a precio de esclavo
 - Falsamente acusado
 - La edad al comenzar su ministerio
 - Exaltado después de su sufrimiento
 - Toma una esposa no judía
 - Estuvo temporalmente perdido para sus hermanos
 - Perdona y restaura a sus arrepentidos hermanos
 - Visitado y exaltado por las naciones



Todo escriba docto en el reino de los cielos saca de su tesoro ...

Cosas Viejas y... Cosas Nuevas



COBARDE Y VALIENTE

(Exodo 2:11-20)

En este breve pasaje podemos comprobar lo engañoso que es el corazón del hombre.

Moisés demuestra, primeramente, una gran cobardía ante Faraón, por el asesinato cometido, y luego una gran valentía ante los pastores de Madián.

Ante Faraón, Moisés estaba actuando como libertador de Israel, y lo estaba haciendo con sus propias fuerzas, porque no era el tiempo ni el modo de libertar del Señor. En cambio, ante los pastores, Moisés no estaba comprometiendo el propósito de Dios. No estaba involucrándose en la obra de Dios, sino simplemente estaba defendiendo a las hijas de Reuel, en una causa justa.

Nadie puede agradar a Dios y hacer Su obra usando sus recursos carnales. Nadie puede iniciar una obra, sino Dios. ¡Qué horrible es este inicio de Moisés (el asesinato de un hombre) y qué distinto de aquel otro de la zarza ardiendo! Porque aquél asesinato fue cometido en la confianza de que sus hermanos comprenderían que *"Dios les daría libertad por mano suya, mas ellos no lo habían entendido así"* (Hech. 7:25). ¿Podía ser este un inicio divino? ¿Con derramamiento de sangre humana?

Moisés se estaba anticipando cuarenta años. Estaba en la plenitud de sus fuerzas, y en la presunción de sus capacidades. Faltaba aún mucho que aprender para que pudiera llegar a decir: *"¿Quién soy yo para que saque de Egipto a los hijos de Israel?"* (Ex. 3:11).

Moisés estaba apto para defender una causa humana, pero no para iniciar una obra divina. Para lo primero se requiere sólo iniciativa y cierto sentido de justicia; para lo segundo, se requiere que Dios tome la iniciativa.

Así pues, para la obra de Dios toda valentía humana es inútil; toda osadía se torna en temor, y el más fiero corazón humano se vuelve como aguas. Sólo el Señor puede iniciar una obra y capacitar debidamente a quienes la realizan.

LUCHAR LEGÍTIMAMENTE

"El que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente." (2ª Timoteo 2:5)

En toda carrera hay reglas, las cuales, si se transgreden, eliminan al competidor culpable.

En la lucha de la fe hay ciertos principios fundamentales que revelan el carácter de Dios. Nadie se atrevería a pensar, por ejemplo, que un hombre que repudia a su esposa pueda continuar dando la batalla con la aprobación de Dios. O que un hombre engañador pueda seguir luchando con la aprobación de Dios.

No obstante, alguien puede, con la complicidad de otros, intentar luchar y aun cuidar de la casa de Dios en esas condiciones. O intentar prestar un servicio que Dios no aprueba.

Por eso, hemos de ver cuidadosamente si estamos luchando legítimamente o no.

La cuestión no es si tenemos éxito en el presente; de hecho, podemos tenerlo. El éxito, según se entiende en términos humanos, no es una demostración fehaciente de que se cuenta con la aprobación de Dios. Las más grandes herejías hoy en día tienen mucho éxito, arrastran multitudes, edifican grandes templos, y son capaces de mostrar estadísticas de crecimiento exorbitante.

Lo que de verdad importa es si se hemos luchado legítimamente, porque hoy en día vemos con cada vez más frecuencia a cristianos que son descalificados. Y es que en esta lucha no se aceptan trampas. No podemos usar estrategias ni recursos prohibidos. No podemos usar de astucia para burlar a Dios. No cabe el "juego sucio" contra el Señor.

Aun la incomodidad de la lucha hemos de sufrirla, porque en ella somos perfeccionados. Tras cada revés, o tras cada dificultad, hallaremos una especial provisión del cielo o una lección fundamental que era imprescindible aprender antes de poder continuar nuestro servicio.

No hay otra alternativa para nosotros que luchar legítimamente. ¡Que el Señor nos ayude!

(Viene de la página 18)

pojó y se humilló a sí mismo para venir a morir por nosotros. (2:5-8). Lo hallamos en las palabras de Pablo cuando exhorta a los filipenses a tener el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús, "no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros." (2:4).

Esta abnegación por los demás la hallamos también en el elogio que hace Pablo de Timoteo, al decir: "Pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros", y, por contraste, al plan-

tear una fuerte reprensión por la anti-virtud de muchos: "Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús" (2:20-21).

La forma de ser de Dios es vivir para otros, no para Sí mismo. ¿Cómo es esto posible en los creyentes, si no siempre vemos que se cumple? Hebreos 5 nos ayuda: "Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado ..."

Siendo el Hijo eternamente perfecto, tuvo que ser perfeccionado por medio de los padecimientos. Nosotros, en tanto, habiendo sido hechos perfectos por medio de la sola ofren-

da de Cristo (Hebreos 10:14), mayormente tenemos que ser perfeccionados para llegar a ser dóciles instrumentos de salvación y de intercesión.

La perfección se va produciendo a medida que vamos saliendo de la esfera de lo nuestro y nos vamos proyectando —olvidándonos de nosotros mismos— en la búsqueda del bien de otros.

Esta es la forma de ser de Dios, y ha de ser también la forma de ser de los cristianos perfectos. ¡Que el Señor nos ayude para el cumplimiento de tan magnífico propósito!

¡Misión entre los antropófagos!

El amor de Dios por los salvajes indígenas de las islas Nuevas Hébridas llevó a Juan Paton a dejar su incipiente obra en Escocia para aventurarse entre los temidos antropófagos... Pese a las condiciones desalentadoras, esos años de paciente trabajo dieron su fruto de la manera más impensada... Una proeza de fe en un tiempo y lugar donde predicar a Cristo podía costar la vida.

(Adaptado de «Biografías de grandes cristianos» de Orlando Boyer)

Cuando el misionero John Paton, tras ingentes esfuerzos, logró sacar agua del pozo, echó a correr la voz, y la noticia corrió como un reguero de pólvora. Los jefes, acompañados de todos los hombres de las tribus, quisieron participar del acontecimiento. Ante los ojos escépticos de los circunstantes, Paton bajó al pozo, trajo agua en un jarro, y le dio a beber al primero de los jefes. El indígena, incrédulo al principio, se resistía a creerlo; pero luego, convencido, revolvió los ojos con alegría, bebió de nuevo y gritó:

— ¡Lluvia! ¡Lluvia! ¡Sí; es verdad, es lluvia! —. Pero luego, dirigiéndose al misionero, le espetó:

— ¿Pero cómo la conseguiste?

A lo que éste replicó:

— Fue Jehová, mi Dios, quien la dio de su tierra en respuesta a nuestra labor y nuestras oraciones. ¡Mirad y ved, por vosotros mismos, cómo brota el agua de la tierra!

Los indígenas sentían temor. No tenían valor suficiente para acercarse a la boca del pozo, así que formaron una larga fila y, tomándose unos a otros de las manos, fueron avanzando hasta que el primero en la fila pudiese mirar adentro. En seguida, el que había mirado iba a tomar su lugar al final de la hilera, cediendo su lugar al siguiente.

Todos salían asombrados. Uno de ellos dijo:

— Hay lluvia de Jehová ahí abajo.

Después que todos hubieron mirado, el jefe le dijo a Paton:

— ¡Misionero, la obra de tu Dios, Jehová, es maravillosa! Ninguno de los dioses de Aniwa jamás nos bendijo tan maravillosamente. Pero, dínos, misionero, ¿continuará Él dándonos siempre esa lluvia en esa forma? ¿o vendrá como lluvia de las nubes?

El misionero les dijo:

— No teman. Esta bendición de mi Dios es permanente y para todos los aniwaianos.

El júbilo se desató, entonces, entre los salvajes, libres ya de temores y celos.

Venciendo los obstáculos

Para entender este júbilo es preciso saber que hasta ese momento, por siglos inmemoriales, los indígenas habían usado sólo agua de coco para satisfacer su sed. ¿Para bañarse? Ellos se bañaban en el mar. Usaban de un poco de agua para cocinar, ¡y ninguna para lavarse la ropa! ¡Jamás habían bebido agua dulce desde la tierra!

Así que, este día fue un gran acontecimiento para todos. Por supuesto, también lo fue para John Paton. Hacía casi diez años había llegado a esos lugares proveniente de Glasgow, Escocia, y la lucha había sido feroz. Parecía que las oraciones a favor de los nativos no daban su fruto, pues las tinieblas y la superstición no cedían terreno entre ellos.

Antes de salir de Glasgow había encontrado resistencia entre los hermanos de su congregación. Uno de ellos le había dicho:

— ¡Usted quiere trabajar entre los antropófagos! ¡Será comido por los antropófagos!

A lo que Paton había respondido con la misma franqueza:

— Usted hermano, es mucho mayor que yo, y en breve será sepultado y luego será comido por los gusanos. Le digo a usted, hermano, que si yo logro vivir y morir sirviendo y honrando al Señor Jesús, no me importará ser comido por los antropófagos o por los gusanos. En el día de los resurrección mi cuerpo se levantará tan bello como el suyo, a semejanza del Redentor resucitado.

Sin embargo, los temores del hermano no carecían de fundamento. Las islas Nuevas Hébridas habían sido bautizadas con sangre de mártires. Pocos años antes habían muerto dos misioneros a garrotazos, y sus cadáveres habían sido cocidos y comidos.

En esa encrucijada, teniendo en su corazón el deseo de partir a servir a Dios entre esos naturales y no queriendo desoír tampoco el consejo de sus hermanos, Paton escribió a sus padres para consultarles su opinión. Lo que ellos le dijeron terminó por aclararle su camino. Sus padres le dijeron que el mismo día



en que él nació, ellos lo habían ofrecido al Señor para tal servicio.

Para Paton, esto fue suficiente. Era la confirmación que estaba esperando, así que no tuvo ninguna duda de que ésa era la voluntad de Dios.

Sin embargo, los cuatro primeros años, en que Paton permaneció en la isla de Tana, no habían sido para nada fructíferos. Al contrario, parecía que las cosas iban de mal en peor. Su esposa, que había logrado reunir algunas pocas mujeres para compartirles el evangelio, murió al poco tiempo de malaria, y tras ella también murió su hijito. A duras penas escapó él mismo de la muerte, en momentos en que recrudesció la hostilidad y los indígenas decidieron matar al misionero. Así que tuvo que dejar Tana.

Luego de un paréntesis en Australia y en Escocia, Paton volvió a las Nuevas Hébridas. Esta vez, por consejo de otros misioneros, decidió establecer su obra en la isla de Aniwa.

Las condiciones de vida de las indígenas allí era tan precaria como en Tana. Las peleas entre las diferentes tribus dejaban centenares de muertos, las viudas de los guerreros debían morir para “acompañar” a sus maridos en su partida. Luego de una batalla, los cadáveres de los vencidos eran cocinados y comidos. Su idolatría era monstruosa: adoraban los árboles, las piedras, las fuentes, los insectos, los espíritus de los muertos, etc.

Una fuente en medio del sequedal

En este estado estaban las cosas cuando Paton decidió cavar un pozo. Al hacerlo, no pensaba sólo en derribar una fortaleza en que se apoyaba la superstición y la ignorancia de los naturales, sino también en razones prác-

ticas. La falta de agua dulce era la mayor necesidad para él.

En un principio, algunos indígenas proclives, decidieron ayudaron en la obra, pese a que consideraban una locura que el Dios del misionero pudiera proporcionar “lluvia desde abajo”. Sin embargo, más adelante, amedrentados por la profundidad del pozo, le dejaron solo. Mientras él cavaba, lo contemplaban desde lejos, diciendo entre sí:

—“¿Quién oyó jamás hablar de una lluvia que venga desde abajo?! ¡Pobre misionero! ¡Pobrecito!

Cuando Paton insistía en decirles que el abastecimiento de agua en muchos países provenía de pozos, ellos respondían:

—Es así como suelen hablar los locos; nadie puede desviarlos de sus ideas fijas.

Después de muchos días de extenuante trabajo, Paton dio con tierra húmeda. Confiaba en que Dios lo ayudaría a obtener agua dulce como respuesta a sus oraciones. A esa altura, el solo pensar en que podría encontrar agua salada le llenaba de temores. ¿Qué reacciones podría despertar ese fracaso en los indígenas? Mejor no quería pensar en ello.

Por eso, cuando el agua comenzó a brotar desde abajo y a llenar el pozo, tomó —trémulo— agua en la mano, y se la llevó a la boca. Su sabor era inconfundible.

—¡Es agua! ¡Es agua potable! ¡Es agua viva del pozo de Jehová! — exclamó, alborozado.

Los frutos de la fe

En los años que siguieron a este acontecimiento, los naturales cavaron seis o siete pozos en los lugares más probables, cerca de varias villas. Sin embargo, no tuvieron resultados. O bien se encontraban con una roca, o bien hallaban agua salada. Entonces se decían entre ellos:

—Sabemos cavar, pero no sabemos orar como el misionero; y por lo tanto, ¡Jehová no nos da lluvia desde abajo!

Un domingo, después que Paton había conseguido el agua del pozo, el jefe Namakei convocó a todo el pueblo de la isla. Haciendo los ademanes solemnes propios de los jefes guerreros, dirigió a los concurrentes el siguiente discurso:

—Amigos de Namakei: todos los poderes del mundo no podrían obligarnos a creer que fuese posible recibir la lluvia de las entrañas de la tierra, si no lo hubiésemos visto con nuestros propios ojos y probado con nuestra propia boca ... Desde ahora, pueblo mío, yo debo adorar al Dios que nos abrió el pozo y nos da la lluvia desde abajo. Los dioses de Aniwa no pueden socorrernos como el Dios del misionero. De aquí en adelante, yo soy un seguidor del Dios Jehová. Todos vosotros, los que quisierais hacer lo mismo, tomad los ídolos de Aniwa, los dioses que nuestros padres tenían, y lanzadlos a los pies del misionero ... Vamos donde el misionero para que él nos

enseñe cómo debemos servir a Jehová ... Quien envió a su Hijo, Jesús, para morir por nosotros y llevarnos a los cielos.”

Durante los días siguientes, grupo tras grupo de indígenas, algunos de ellos con lágrimas y sollozos, otros con gritos de alabanza a Dios, llevaron sus ídolos de palo y de piedra y los lanzaron en montones delante del misionero. Los ídolos de palo fueron quemados; los de piedra, enterrados en cuevas de 4 a 5 metros de profundidad, y algunos, de mayor superstición, fueron lanzados al fondo del mar.

Más adelante, la isla completa siguió las enseñanzas de Paton, quien tradujo las Escrituras a su lengua, y enseñó al pueblo a leerlas. El milagro se había producido. La fe de un hombre había prevalecido por sobre las oscuras obras de las tinieblas.

Uno de los momentos más emocionantes, lo vivió Paton cuando decidió celebrar la Primera Cena del Señor con su bulliciosa congregación. Paton describe así esa inolvidable experiencia:

“Al colocar el pan y el vino en las manos de esos ex antropófagos, otrora manchadas de sangre y ahora extendidas para recibir y participar de los emblemas del amor del Redentor, me anticipé al gozo de la gloria hasta el punto de que mi corazón parecía salirse del pecho. ¡Yo creo que me sería imposible experimentar una delicia mayor que ésta, antes de poder contemplar el rostro glorificado del propio Jesucristo!”



CITAS ESCOGIDAS

“Dios quiere que nos abramos paso hasta su presencia, y que pasemos toda la vida allí.”

A.W. Tozer

“Dios no nos arrastra; nos atrae”.

C.H. Mackintosh

“El hombre encuentra a Dios detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir.”

Albert Einstein

“Si Dios cuenta nuestros cabellos, también cuenta nuestras lágrimas.”

Anónimo

“Los molinos de Dios muelen despacio, pero muelen muy fino.”

Corrie Ten Boom

“Cuando los creyentes sienten dolores mientras están orando, es que hay almas que están renaciendo.”

Orlando Boyer

“Un creyente puede hacer más en cuatro horas, después de emplear una en orar, que cinco sin oración.”

Jorge Müller

“El creyente que ama la cruz encuentra que aún las cosas más amargas que vienen a su vida son dulces.”

M. Guyon

“Hay más esperanza para el hombre que tiene celo sin entendimiento, que para el hombre de entendimiento, sin celo.”

D.L. Moody

“Las mejores oraciones tienen muchas veces más gemidos que palabras.”

Juan Bunyan

“El mundo cree que yo busco fama; sin embargo, yo tengo una regla: no leo nada sobre los elogios que me hacen.»

David Livingstone

“Un creyente es inmortal mientras no acabe su obra en la tierra.”

John Paton

“La gracia de dar no tiene nada que ver con tener buena situación económica.”

R.Kent Hughes

TESTIMONIOS

Cómo creen, sufren y crecen los cristianos vencedores

Un olvido importante

Yo conocí a Jesucristo cuando tenía doce años de edad, en un campamento cristiano y estoy eternamente agradecido a aquellos que me explicaron cómo Él murió en la cruz para que mis pecados pudieran ser perdonados. Francamente, era la primera vez que yo había oído una explicación bien clara sobre este hecho ... Pero siento una cosa. Olvidaron decirme que Cristo, el que murió por mí, resucitó *para vivir en mí*. Si ustedes conducen a un muchacho a aceptar sinceramente a Cristo, pero olvidan esto, ¿cómo va a vivir la vida cristiana?

En aquel campamento me dieron una serie de reglas acerca de cómo yo debía vivir la vida cristiana. Me fue dicho todo, pero yo continuaba en la ignorancia de que el Señor Jesús resucitó de los muertos para compartir su vida conmigo, y todo lo que yo podía hacer en mi ignorancia era movilizar mis propios recursos y tratar de vivir según las enseñanzas de la Biblia.

A los diecinueve años estaba acabado, frustrado. Fue entonces cuando caí de rodillas y dije: "Señor, lo siento. Te amo; jamás he dudado de que soy redimido. Pero es evidente que no estoy dotado de lo que se necesita para servirte. No estaría bien que fuese al África, como deseo. No estaría bien engañar a los amigos que quieren sostenerme; no estaría bien engañarte a ti, Dios, porque mi labor sería un fracaso rotundo; también, para ser honesto, estaría mal conmigo mismo. Te amo; si hay alguien que posea las cualidades que hacen falta, le sostendré, pondré dinero en la ofrenda, y estaré dispuesto a ayudarlo. Pero no cuentes conmigo. Lo dejo." Y fue entonces cuando casi le escuché con un suspiro de alivio. En el momento en que le dije al Señor que lo dejaba, Él dijo: "Gracias, es lo que he estado esperando durante siete años. Porque durante siete años has estado intentando vivir por mí con la más total dedicación una vida que sólo yo puedo vivir a través de ti."

En aquel momento, de verdad, la Biblia se me abrió de para en par. Los versículos que conocía, que sabía de memoria y sobre los cuales había predicado, de pronto cobraron sentido. Para mí el vivir es Cristo. No trabajar para Cris-

to. No movilizar mis recursos para Cristo; no predicar a Cristo, ni siquiera ser un misionero o un evangelista para Cristo. Sino que, en toda mi sublime y mística simplicidad, para mí vivir es Cristo. El es mi vida. Estar vivo es Cristo, y permanecer vivo es Cristo. (Gál.2:20). La fe es algo que la mayoría de los hermanos no comprende. La fe no se demuestra por lo que hago para Él. Mi fe tiene que demostrarse por lo que, en respuesta a mi fe, en fidelidad, *Él hace por mí*. Es hermoso comprenderlo claramente."

(Ian Thomas, en *Entre dos fuegos*)

No fue un castigo

"En los salmos se nos dice que Dios no trata con nosotros conforme a nuestros pecados e iniquidades. Mi accidente no fue un castigo por mis errores, lo mereciera o no. Sólo Dios sabe por qué quedé paralizada. Creo que Él sabía que sería mucho más feliz sirviéndole a Él que de cualquier otra forma. Es difícil de saber en qué dirección habría ido mi vida si yo hubiera estado sobre mis pies. Quizá hubiera sido arrastrada por la corriente de la vida — casada, quizá incluso divorciada — insatisfecha y desilusionada. Cuando estaba en la escuela secundaria reaccioné ante la vida con egoísmo y nunca me preocupé por los valores más permanentes. Vivía para cada día y para el placer que me apetecía, y casi siempre a expensas de otros."

(Joni Eareckson, en su libro *Joni, luego de un accidente que la dejó cuadrapléjica siendo una adolescente*).

Influencia de dos jóvenes obreros

"Fue cuando Stanley Smith y Carlos Studd se hospedaban en nuestra casa que inicié la etapa más importante de mi vida. Anteriormente, yo había sido un creyente precipitado e inconstante; unas veces ardía de entusiasmo, para después estar triste y desanimado durante días enteros. Percibí que esos dos jóvenes poseían algo que yo no tenía, algo que era para ellos una fuente perenne de serenidad, fortaleza y gozo. Nunca me olvidaré de una mañana del mes de noviembre. Nació en ese momento el sol, y su luz penetraba por la ventana iluminando mi aposento, donde yo me encontraba medi-

tando sobre las Escrituras desde la madrugada. La plática que tuve entonces con aquellos dos jóvenes fue suficiente para influir el resto de mi vida. ¿Acaso no debía yo hacer lo mismo que ellos habían hecho? ¿No debía ser yo también un vaso, aunque sea de barro, para el uso del Maestro?"

(F.M. Meyer, en *Biografías de grandes cristianos*, Tomo I, de Orlando Boyer)

Humanamente inexplicable

"He visto cristianos con cadenas pesando 25 kgs. en sus pies, en las cárceles comunistas, torturados con atizadores al rojo y en cuyas gargantas habían forzado cucharadas de sal, para luego negárseles el agua. Hambrientos, azotados, sufriendo frío y orando con fervor por los comunistas. ¡Esto es humanamente inexplicable! Es el amor de Cristo que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo."

(Richard Wurmbrand, en *Torturado por Cristo*)

Una vida nueva

"Muy a menudo, en mis tiempos de necesidad, consideraba a Cristo como un Ser aparte, nunca vinculándole con las cosas de que sentía tanta falta. Durante dos años anduve palpando en la oscuridad, procurando reunir todo ese cúmulo de virtudes que yo consideraba comprendían el total de la vida cristiana, sin adelantar nada.

Fue entonces, un día del año 1933, que fui iluminado por luz celestial, y vi a Cristo ordenado por Dios para ser mío en su plenitud. ¡Qué diferencia! ¡Qué huecas resultaron ser las 'cosas', las virtudes en sí, que antes tanto ansiaba tener!

Aparte de Cristo son cosas muertas. Dar-nos cuenta de esto, será como empezar una vida nueva. Desde entonces nuestra santidad se escribirá con una S mayúscula y nuestro amor con una A mayúscula. Cristo mismo en nosotros es la respuesta a todas las demandas divinas."

(Watchman Nee, en *Sentaos, andad, estad firmes*).



Recortes de la Web

HISTORIAS-ANÉCDOTAS-PARÁBOLAS-MORALEJAS-HISTORIAS-ANÉCDOTAS-PARÁBOLAS-MORALEJAS

Los lentes del abuelo



Mi abuelo amaba la vida, especialmente cuando podía hacerle una broma a alguien. Pero un frío domingo, en Chicago, mi abuelo pensó que Dios le había jugado una broma a él.

Él era carpintero. Ese día había estado en la Templo haciendo unos baúles de madera para la ropa y otros artículos que enviarían a un orfanato a China. Cuando regresaba a su casa, metió la mano al bolsillo de su camisa para sacar sus lentes, pero no estaban ahí. Él estaba seguro de haberlos puesto ahí esa mañana, así que se regresó al Templo. Los buscó, pero no los encontró. Entonces se dio cuenta de que los lentes se habían caído del bolsillo de su camisa, sin él darse cuenta, mientras trabajaba en los baúles que ya había cerrado y empacado. ¡Sus nuevos lentes iban camino a China!.

La Gran Depresión estaba en su apogeo y mi abuelo tenía 6 hijos. Él había gastado 20 dólares en esos lentes.

—No es justo— le dijo a Dios mientras manejaba frustrado de regreso a su casa. —Yo he hecho una obra buena donando mi tiempo y dinero, y ahora esto

Varios meses después, el Director del orfanato estaba de visita en Estados Unidos. Quería visitar todas las Iglesias que lo habían ayudado cuando estaba en China, así que llegó un domingo en la noche a la pequeña Iglesia a donde asistía mi abuelo en Chicago. Mi abuelo y su familia estaban sentados entre los fieles, como de costumbre. El misionero empezó por agradecer a la gente por su bondad al apoyar al orfanato con sus donaciones.

— Pero más que nada — dijo — debo agradecerles por los lentes que mandaron. Verán, los comunistas habían entrado al orfanato, destruyendo todo lo que teníamos, incluyendo mis lentes. ¡Estaba desesperado! Aún y cuando tuviera el dinero para comprar otros, no había dónde. Además de no poder ver bien, todos los días tenía fuertes dolores de cabeza, así que mis compañeros y yo estuvimos pidiendo mucho a Dios por esto. Entonces llegaron sus donaciones. Cuando mis compañeros sacaron todo, encontraron unos lentes encima de una de las cajas.

El misionero hizo una larga pausa, como permitiendo que todos digirieran sus palabras. Luego, aún maravillado, continuó:

— Amigos, cuando me puse los lentes, eran como si los hubieran mandado hacer justo para mí!, ¡Quiero agradecerles por ser parte de esto!

Toda las personas escucharon, y estaban contentos por los lentes milagrosos. Pero el misionero debió haberse confundido de Iglesia — pensaron. No había ningunos lentes en la lista de productos que habían enviado a China.

Pero sentado atrás, en silencio, con lágrimas en sus ojos, un carpintero ordinario se daba cuenta de que el Carpintero Maestro lo había utilizado de una manera extraordinaria.

(Cheryl Waltermann Stewart, Héctor Spaccarotella, christianos@egroups)

La lección de la mariposa



El capullo del «pavón de noche», cierta mariposa nocturna, tiene la forma de una botella de cuello estrecho. Para que el bellísimo insecto aparezca en perfecto estado, debe abrirse paso por el cuello del capullo, a lo largo de varias horas de intenso esfuerzo.

Cierto día, una pequeña abertura apareció en un capullo y una persona se detuvo a observar ese duro proceso; se sentó y observó por varias horas cómo la mariposa se esforzaba para que su cuerpo pasase a través de aquel pequeño agujero.

Parecía que ella ya no lograba ningún progreso. Parecía que ella había ido lo más lejos que podía en su intento y no podía avanzar más.

Entonces el hombre, movido por la compasión, decidió ayudar a la mariposa: tomó unas tijeras y cortó el resto del capullo que aprisionaba al insecto. La mariposa entonces salió fácilmente, pero su cuerpo estaba atrofiado, era pequeño y tenía las alas aplastadas.

El hombre continuó observándola porque él esperaba que, en cualquier momento, las alas de ella se abrieran y se agitarían para ser capaces de soportar el cuerpo, el que, a su vez, iría tomando forma.

¡Nada ocurrió! Sus alas no llegaron a desplegarse. En realidad, la mariposa pasó el resto de su vida arrastrándose, en vez de volar por el aire reflejando la luz en sus alas. Pasó una vida corta con un cuerpo deforme y alas atrofiadas.

Lo que el hombre, en su gentileza y vo-

luntad de ayudar no comprendía, era que el capullo apretado y el esfuerzo necesario para que la mariposa pasara a través de la pequeña abertura, era el modo por el cual Dios hacía que el fluido del cuerpo de la mariposa llegara a las alas, de tal forma que ella estaría pronta para volar una vez que estuviera libre del capullo.

Algunas veces, el esfuerzo es justamente lo que precisamos en nuestra vida. Si Dios nos permitiera pasar a través de nuestras vidas sin obstáculos, él nos dejaría lisiados. No seríamos tan fuertes como podríamos haber sido y nunca podríamos volar.

Al ver sufrir a los hijos de Dios no los observemos con falsa compasión. Los seres humanos tendemos a no ver más allá de lo inmediato. Debíamos fijarnos más bien en las buenas consecuencias del sufrimiento, porque de no ser por las dificultades y conflictos de la vida, nuestra personalidad no se desarrollaría plenamente.

(Enviada por Alfredo Peña, Uruguay, seleccionado)

Todo depende de en manos de quién está el asunto.



Una pelota de basketball en mis manos vale unos 19 dólares; una pelota de basketball en las manos de Michael Jordan vale alrededor de \$33.000.000. Una raqueta de tenis en mis manos,

no sirve para nada; una raqueta de tenis en manos de Pete Sampras significa el Campeonato en Wimbledon. Una honda en mis manos es un juego de niños; una onda en manos de David es el arma de la victoria del Pueblo de Dios. Dos panes y cinco peces en mis manos son un par de sandwiches de pescado; dos panes y cinco peces en manos de Jesús son el alimento para miles. Unos clavos en mis manos pueden servir para construir una pajarera; unos clavos en las manos de Jesucristo producen la salvación de toda la humanidad.

Como has visto, todo depende de: en manos de quien esta el asunto.

Pon tus proyectos, tus preocupaciones, tus miedos, tus deseos, tus sueños, tu familia y tus relaciones en manos de Dios.

Todo depende de: en manos de quién está el asunto.

(Luis Solano, Arturo Quiros Lépez, christianos@egroups)



CARTAS DE NUESTROS LECTORES

Con lágrimas

He recibido las revistas, y no tengo palabras para decirles de la gran bendición que han sido para mí. En la N° 5, hay un artículo que abarca tres páginas, es como si el autor estuviera escribiendo mi biografía. Fue tan impactante, que mis ojos se llenaron de lágrimas. Soy un convencido de que sus escritores tienen el 'rhema' para el pueblo del Señor.

Que el Señor los siga utilizando.

Adolfo Ayala,
Panamá, Panamá

Muy sincero

Muchas gracias por el esfuerzo que realizan.

Sobre la revista 5, el artículo que me impactó mucho fue el estudio de la parábola de los labradores malvados, planteando dos preguntas: "¿Qué hemos hecho con el Hijo?" y "¿Qué hemos hecho con la Viña?", tanto así que lo compartí en dos sermones en la Iglesia que pastoreo. Pero me gustaría ser muy sincero con ustedes al decirles que esperé ver otros artículos así y no llenaron mis expectativas. Les animo a seguir adelante. Sigán presentándonos artículos con estudios interesantes de la Biblia como el de la parábola, y considerando la actualidad en que vivimos, como el artículo "Un Justo gobernará la tierra", en su primera parte.

Fernando Goicochea
Lima, Perú

No me borren de su lista

Ya recibí la revista, y me ha causado una alegría enorme, porque realmente no pensé que podría llegar; pero gracias a Dios, ya la tengo en mis manos. Les agradezco bastante por en-

viármela, y les pido de favor que no me vayan a borrar de su lista. He pensado en sacar fotocopias y así poder regalar las copias a muchos de mis hermanos, para que ellos puedan también disfrutarla como yo. Si ustedes me las siguen enviando, yo mantendré actualizados a mis hermanos de El Salvador. Ya que realmente carecemos de empresas que repartan Revistas cristianas. Sí hay empresas, pero no alcanzan toda la ciudadanía cristiana.

Nuevamente gracias y que Dios me los bendiga grande y poderosamente.

Noé Rivera Rodríguez
Ahuachapán, El Salvador

Con sentido periodístico

Felicidades por el trabajo que están realizando. Actualmente existen muchas revistas cristianas, pero muy pocas poseen el sentido periodístico, sobre todo desde el punto de vista editorial. Felicidades.

José Martínez
Director editorial Revista "Maná"
Nuevo León, México

Para enriquecer sus ministerios

Grande vuestra visión en hacernos llegar estas «revistas electrónicas», con rico material. Creo que muchos de mis amigos y colegas del ministerio desearán tener en su computador estos materiales por lo que le comparto estos correos para que puedan enviárselos, que seguramente enriquecerán sus ministerios.

Reciba mi aprecio grande en Cristo.

Alfredo Peña
Montevideo, Uruguay

No pasa de moda

«Aguas Vivas» me parece una muy excelente publicación, y pienso que en los tiempos actuales es interesante que se hagan revistas así, de carácter sano en las cosas de lo Alto, con respeto y en verdad. Felicita de mi parte al

equipo que hacéis posible esta publicación, pues me alegra mucho recibirla y leerla y también conservarla, pues sus artículos «no pasan de moda». Siéntanse libres de usar nuestro sencillo «Gethsemani» para lo que les sea útil, y gracias por decirnos que encuentran algo de interés en las sencillas páginas.

Dios les bendiga y les guarde.

Joan Soler
Director de "Gethsemani" Publicación,
Sabadell, España

En el momento preciso

Para mí ha sido razón de regocijo, porque en el momento preciso los artículos que recibí en el número anterior llenaron mi vida; fueron de gran bendición y mucha edificación, y no sólo para mí sino también para quienes me rodean.

Continúen creciendo y siendo bendición para muchos.

Mauricio Aldana
Guatemala, Guatemala

Preocupación por las ovejitas

Mi esposo y yo estamos muy agradecidos por el precioso trabajo que hacen con la Revista "Aguas Vivas". Cada vez que leemos sus artículos, nos damos cuenta que Dios los ha ungido porque todo es de gran valor espiritual e informativo, por lo tanto estamos aprendiendo cada vez más y más....

Es una bendición de parte de Uds. en nuestras vidas: cada vez toman cuidado de nosotros y nos preguntan si nos ha llegado la revista; esto significa que se preocupan por cada una de sus ovejitas, si están siendo alimentadas.

Que el Espíritu de Dios continúe guiando sus vidas.

Isolda Rodríguez
Kamloops, Canada.

Por razones de espacio, las cartas han sido resumidas. Su publicación ha sido autorizada por sus autores

Bocadillos de la Mesa del Rey

EL HOMBRE

Pilato dijo de Jesús a los principales sacerdotes y a los alguaciles: "¡He aquí el hombre!"

Las palabras de Pilato fueron dichas con un aire burlón, el de un hombre que ostenta el poder. Hay sorna en sus palabras. Como diciendo: "¡Ahí tienen al polémico, al que provoca disturbios y pasiones encontradas! ¡Ese es el galileo, considerado tan peligroso, pero helo ahí ¡tan indefenso!"

Pilato tenía una amplia cultura romana. Era un intelectual, y como tal, se daba el gusto de satirizar con las sutilezas de su alma refinada.

En un lugar cercano de allí, en esos mismos momentos, está Pedro calentándose junto a una hoguera que los siervos y los alguaciles han encendido, porque hace frío.

Una mujer entonces le dice al discípulo: "¡Tú también estabas con Jesús el galileo!". A lo cual Pedro responde, maldiciendo y jurando: "¡No conozco al hombre!"

Pilato dijo: "¡He aquí el hombre!". Pedro dijo: "¡No conozco al hombre!"

Pedro dice no conocer al hombre. Bueno, decía verdad,

en cierto sentido, porque él no sabía lo que había en su propio corazón, cuando presumió de defender al Señor a costa de su vida.

Pero aquí dice desconocer a Jesús, el Galileo. Es el hombre despreciado, traicionado por sus íntimos. Es el hombre menospreciado por el amigo más leal.

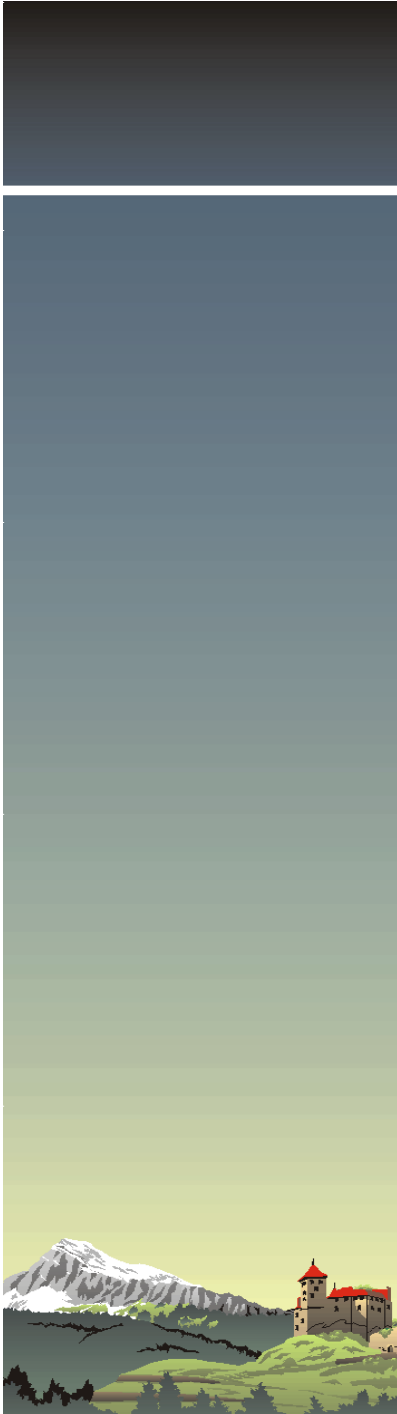
Que Pilato le menospreciase, es pasable, porque no había caminado con él tres años y medio, ni se había postulado a sus pies para adorarle. Pero que Pedro lo desconociera ¿quién lo entiende?

Pilato y Pedro se ponen a prudente distancia del que es puesto en un lugar de maldición; ambos se escabullen, uno lavándose las manos, y accediendo a que lo martiricen; el otro se escapa, jurando y maldiciendo, para no comprometerse con uno que está en bancarrota.

No importa si fueran lejanos o cercanos. Todos pusieron tierra por medio en la hora suprema. Para que nadie pueda exhibir mérito alguno. Ni ayer ni hoy.

¡Hacia La Perfección en Cristo!

Ef 4:13; Fil 3:13-15; Heb 2:10; 5:8,9; 7:19; 9:13,14 ; 10:19-23



Con una sola ofrenda Tú lograste,
oh Cristo, el nuevo pacto hecho en tu Sangre;
nos diste la limpieza que no pudo,
la antigua Ley, con sangre de animales.
¿Y cómo hacer, entonces, más perfecto
a quien la perfección de Cristo tiene?
¿Requiere Dios de un nuevo sacrificio?
¿Habrà mejor ofrenda que su Hijo?

Vayamos a la perfección de Cristo:
Al único Varón a quien el Padre
propuso en la carrera del creyente,
en quien perfecta altura es alcanzable.
Que nada cuanto Tú, Señor, demandas,
se aparta del estilo de tu gracia;
que toda perfección lograda en Cristo
serà recompensada a su regreso.

En Cristo està propuesto ir adelante:
Su muerte resolvió nuestro pecado.
En pos de ti corremos a la meta:
Tras el Pastor, el Rey y Sacerdote.
¡Y cuanto más se acerca lo perfecto,
más ancho y despejado el cielo extiende
la plenitud de Cristo; y más completa,
su perfección que vamos encarnando!

Claudio Ramírez Lancièn